



Co-funded by
the European Union



STORIES 4 EMPOWERMENT



EBOOK: HISTORIAS REESCRITAS
2023-1-IT02-KA220-ADULT-000159380



ÍNDICE

Introducción	6
"Beppo el barrendero".....	7
"Boomerang".....	10
"Caperucita roja"	12
"El agujero en mi cartera".....	15
"El aprendiz de brujo".....	17
"El burro y su sombra".....	20
"El erizo y el zorro"	21
"El encuentro"	24
"El espejo chino"	26
"El Gallo de Barcelos"- ¿Presunto inocente?	28
"El ganso de oro".....	31
"El hombre que contaba historias"	35
"El león desagradecido"	37

"El límite del 30% para los extranjeros y el amor"	38
"El mono y el camello"	41
"El pastor mentiroso"	43
"El patito feo"	45
"El pescador y su mujer"	47
"El ratón glotón"	50
"El ratón, el pájaro y la salchicha"	52
"El soldadito de plomo"	54
"El Traje Nuevo del Emperador" (Versión 1)	58
"El Traje Nuevo del Emperador" (Versión 2).....	62
"El zorro y la cigüeña".....	64
"El zorro y las uvas".....	67
"La Bella y la Bestia".....	68
"La chica del mar" – La chica de la playa	72
"La cigüeña y la zorra"- La terquedad no compensa	75

"La historia del pseudogigante"	77
"La liebre y el erizo"	81
"La liebre y la tortuga"	84
"La leyenda del cuento de hadas del Ombú de Argentina"	86
"La pequeña Tinny"	88
"La princesa que se convirtió en almendro"	94
"La princesa y el guisante"- El joven y la llave	95
"La reina y la sal"	97
"La rebelión del Zanj"	99
"La sospecha"	102
"La sopa de piedra"- La caja vacía	104
"La vieja caja y la hermosa morisca"- La vieja caja y la colina encantada	106
"La zorra y el león"	109
"Las reflejos de Henriquetta"- Los reflejos olvidados	110
"Los músicos de la ciudad de Bremen"	115

"Los tres cerditos"- Los tres lobos y el cerdo	119
"Pedro y el lobo (versión portuguesa)"	121
"Sopa de piedra"	126
"Un amigo"	128
"Un cuento de hadas sobre un rey alegre "	131
"Un manto de palabras"	136



Introducción

Permítanos ofrecerle, a modo de ejemplo, estas historias reescritas. Con esta recopilación queremos promover los valores en los que hemos estado trabajando en este proyecto: creatividad, resolución de problemas, autoconfianza, inclusión social, resiliencia, igualdad, ciudadanos activos y democracia.

Reescribir historias potencia nuestra creatividad y nuestra reflexión, así como potencia nuestro aprendizaje en los distintos valores. Estos cuentos se han reescrito para ayudarnos a aprender y aplicar estos valores en nuestra vida diaria, puesto que todos nos enfrentamos a situaciones que podemos reinterpretar y, por lo tanto, reescribir.

Las historias de este Ebook son solo ejemplos de cómo se pueden reescribir historias y están ordenadas por orden alfabético con el fin de facilitar la búsqueda y la lectura al lector.

Cada educador o persona interesada en este material debe reescribir sus propias historias, ya que como se dijo al principio, esto solo son ejemplos de historias reescritas. Partiendo de la misma historia se pueden crear muchas historias distintas.

Todos los socios que forman parte del equipo de Stories4Empowerment desean que este manual les sirva como guía para reescribir sus propias historias. ¡Les deseamos mucha suerte!

“Beppo el Barrendero”

El viejo se llamaba Beppo el Barrendero. En realidad, probablemente tenía otro nombre, pero como era barrendero de profesión y todo el mundo le llamaba así, él también se llamaba así.

Beppo el Barrendero vivía cerca del anfiteatro, en una choza que él mismo había construido con ladrillos, chapa ondulada y tela asfáltica. Era inusualmente pequeño y siempre caminaba un poco encorvado. Su gran cabeza, coronada por un corto mechón de pelo blanco erguido, estaba siempre ligeramente inclinada, y llevaba unas pequeñas gafas posadas en la nariz.

Algunos pensaban que Beppo el Barrendero no estaba bien de la cabeza. Esto se debía a que sólo sonreía amablemente cuando le hacían una pregunta y no respondía de inmediato. Pensaba. Y si no consideraba necesaria una respuesta, se quedaba callado. Pero cuando creía que la respuesta era necesaria, la meditaba detenidamente. A veces tardaba dos horas, y a veces incluso un día entero, antes de responder.

Sólo su amiga Momo podía esperar tanto tiempo y entender lo que quería decir. Ella sabía que se tomaba tanto tiempo porque nunca quería decir algo que no fuera cierto.

Beppo el barrendero disfrutaba con su trabajo y lo hacía a conciencia. Sabía que era un trabajo muy necesario.

Cuando barría las calles, lo hacía despacio pero con paso firme: con cada paso, una respiración, y con cada respiración, un barrido de escoba.

Paso, respiración, barrer. Paso, respiración, barrer.

Entretanto, a veces se quedaba quieto un rato, mirando pensativo al frente. Luego continuaba: paso, respiración, barrer.

Mientras avanzaba, con la calle sucia delante y la limpia detrás, a menudo le asaltaban grandes pensamientos. Pero eran pensamientos sin palabras, pensamientos tan difíciles de expresar como un aroma que apenas recuerdas o como un color con el que has soñado. Después de trabajar, cuando se sentaba con Momo, le explicaba estos grandes pensamientos. Y como ella lo escuchaba con su peculiar estilo, se le soltó la lengua y encontró las palabras adecuadas.

"Mira, Momo", le dijo un día, "es así: a veces tienes una calle muy larga por delante. Crees que es tan larga que nunca podrás terminarla". Miró hacia adelante en silencio un rato y luego continuó: «Y entonces empiezas a apresurarte. Y te apresuras cada vez más. Cada vez que miras hacia arriba, ves que aún queda mucho camino por recorrer. Y te esfuerzas aún más, y empiezas a asustarte, y al final, te quedas sin aliento y no puedes seguir. Y la calle sigue delante de ti. Así no es como debes hacerlo».

Pensó un rato. Luego volvió a hablar: «Nunca debes pensar en toda la calle a la vez, ¿entiendes? Solo debes pensar en el siguiente paso, en la siguiente respiración, en la siguiente pasada de la escoba. Y siempre solo en la siguiente».

Una vez más, hizo una pausa antes de añadir: “Y da alegría; eso es importante. Entonces haces bien tu trabajo. Y así es como debe ser”.

Y tras otra larga pausa, continuó: “De repente, te das cuenta de que, paso a paso, has barrido toda la calle. Ni siquiera te has dado cuenta de cómo, y no te has quedado sin aliento”. Asintió para sí y concluyó: “Eso es importante”.

Momo compartió los consejos de Beppo con sus amigos y, poco a poco, otras personas empezaron a dedicar tiempo a escuchar la sabiduría de Beppo. Cada vez más gente acudía al anfiteatro a disfrutar de la calma y la lentitud de Beppo y a utilizar para sí mismos sus consejos sobre estar presente en el momento. Algunos incluso sugirieron la idea de elegir a Beppo alcalde, pero él se negó amablemente. En lugar de eso, todas las tardes se sentaba con Momo y todos los que buscaban la paz. A veces, después de sentarse un rato en silencio, compartía los pensamientos que había tenido durante su trabajo, y la gente empezó a llamarlos los “pensamientos del día”.



“Boomerang”

De repente, un día, el Sr. Remo empezó a odiar a su perro. No era un mal hombre. Pero algo se rompió en su interior cuando enviudó. Había perdido a su mujer y se había quedado con su perro, un robusto salado, gordo, negruzco y con orejas de murciélago. Le llamaban Bum, o Boomerang, porque devolvía todo lo que le tiraban, con presteza y perseverancia. El Sr. Remo y Bum habían dado una vez largos paseos juntos y conversado sobre el mundo humano y canino, sobre Descartes y Rin Tin Tin. Se entendían muy bien. Pero ahora ya no se hablaban. El caballero estaba sentado en un sillón con la mirada perdida y Bum, agazapado a sus pies, le miraba con un afecto sin límites. Era esa mirada de absoluta devoción y total confianza la que el señor Remo detestaba especialmente. El mundo no era más que pérdida, soledad y dolor. ¿Qué sentido tenía en este horrible planeta aquella criatura incongruente, que movía la cola y aullaba de alegría, y llenaba una casa desolada con su peludo y superabundante amor?

- Boom, lo siento. Ya no puedo cuidar de ti. De hecho, pero no puedes entenderlo, te odio. Te llevaré a un lugar donde estarás mejor y te tratarán bien.

Al día siguiente, el Sr. Remo montó a Bum en el coche y lo llevó a una perrera de la ciudad, donde el perro fue recibido con alegría, tanto por las personas que trabajaban allí como por sus compañeros. Al salir de la perrera, Remo sintió una sensación de liberación y ligereza ante la idea de que por fin ya no tendría que estar cerca de Bum, además de sentirse algo aliviado de culpa, al haber comprobado que el perro estaría mucho mejor allí que con él.

Con el paso de los días, el señor Remo empezó a ocuparse de sí mismo de nuevo, empezando por retomar las cosas que no había hecho desde la desaparición de su mujer: ir al bar con los amigos a jugar a las cartas, cocinar con esmero, leer el periódico en el desayuno. Volver a tomar las riendas de su vida le permitió, poco a poco, asimilar el dolor por la muerte de su mujer, dejando que la rabia y el sufrimiento se desvanecieran.

Sin embargo, al cabo de los meses, Remo se dio cuenta de que le faltaba algo: llegar a casa y sentir el vacío que le dejaba su desaparecido Bum era cada día más doloroso.

Así que decidió volver a la perrera para intentar recuperar a su peludo amigo, con la esperanza de que Bum le perdonara su abandono. Una vez de vuelta en la perrera, se dirigió a la jaula de Bum. El perro parecía recelar de su antiguo amo, que hizo todo lo posible por ganarse de nuevo su confianza. Finalmente, Bum empezó a mover la cola y a dejar que Remo lo acariciara, mostrándole la poderosa fuerza del perdón. A partir de ese día, Remo y Bum volvieron a ser amigos inseparables como antes.

“Caperucita roja”

Érase una vez una niña muy querida; nada más verla todos la querían, y especialmente su abuela, que ya no sabía qué regalarle. Una vez le regaló un gorrito de terciopelo rojo, y como le sentaba tan bien que no quería ponerse otra cosa, siempre la llamaban Caperucita Roja. Un día su madre le dijo

- Ven, Caperucita, aquí tienes un trozo de pan y una botella de vino, llévaselos a la abuela; está débil y enferma y se refrescará. Cuando salgas, sé buena y no te salgas del camino; si no, te caerás y romperás la botella, y la abuela se quedará con las manos vacías.

-Lo haré todo bien -le dijo Caperucita a su mamá y le dio la mano.

Pero la abuela vivía fuera, en el bosque, a una media hora del pueblo. Y en el bosque, Caperucita se encontró con el lobo. Pero ella no sabía que era una bestia tan malvada, y no tuvo miedo.

- Buenos días, Caperucita -dijo el lobo.





- Buenos días, lobo.

- ¿Dónde vas tan temprano, Caperucita?

- A visitar a mi abuelita. ¿Y tú?

- Doy un paseo en busca de comida porque tengo mucha hambre. ¿Qué llevas en tu cesta?

- Vino y pan; así mi abuelita, que está débil y enferma, disfrutará un rato y se pondrá más fuerte.

- ¡Ah, qué cosas tan buenas! ¿No te da miedo pasear sola por el bosque? Si quieres, puedo acompañarte. Conozco muy bien el bosque.

- En realidad lobo he oído algunas malas historias sobre ti. Muchos dicen que eres cruel. Pero no creo todo lo que oigo, y quiero intentar darte crédito. Mi tío cazador está en el bosque, si no me ve llegar con la abuelita vendrá a buscarme.

El lobo y Caperucita Roja se pusieron entonces en camino hacia la casa de la abuela hablando de muchas cosas y recogiendo flores y setas para llevárselas a la abuela. Una vez en la casa llamaron a la puerta. Al abrir la puerta, la abuela gritó asustada

- ¿Qué haces con el lobo feroz? ¡Corre rápido a casa!

- Abuelita no te preocupes, el lobo me acompañó en mi camino y me trató con amabilidad. Muchas de las historias que oyes no son ciertas

La abuela, convencida por las palabras de su nieta, las dejó entrar a las dos y ofreció al lobo un bocadillo de pan y vino. En un momento dado alguien llamó a la puerta: era el cazador que pasaba por allí, había oído las voces y había decidido pararse a saludar.

Una vez dentro, al darse cuenta de la presencia del lobo, cogió su rifle asustado.

- ¿Qué haces? ¡No dispires! - gritó Caperucita asustada por la reacción del cazador - El lobo ha sido muy amable conmigo, a diferencia de lo que todo el mundo piensa. Si te unes a nosotros, seguro que hablando con el lobo también cambias de opinión.

- Muy bien, veamos si este lobo es realmente tan bueno como dices, contestó el cazador mientras se sentaba a la mesa.

La historia nos enseña que es un error juzgar a una persona por su apariencia o por lo que otros dicen de ella, porque sólo conociéndola podemos formarnos nuestra propia opinión.



“El agujero en mi cartera”

El mes pasado recibí un mensaje de mi banco: “Alguien ha accedido a su cuenta. Haz clic aquí para verificarlo”.

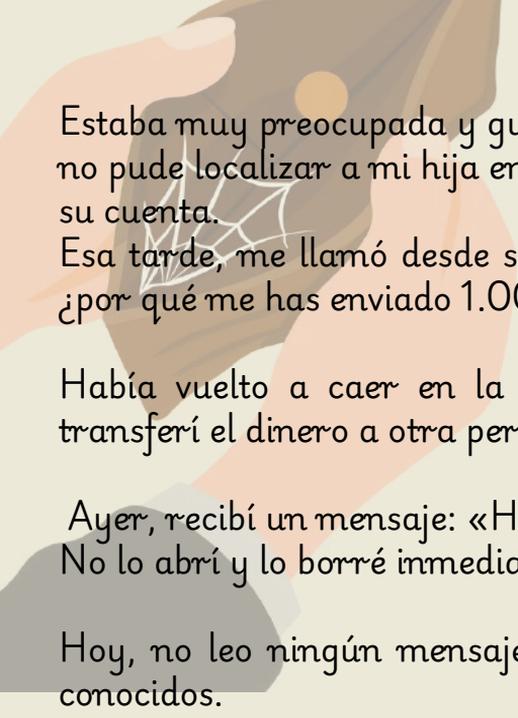
Hice clic, introduje mis datos de acceso, no vi ningún acceso no autorizado y cerré la sesión.

Poco después, retiraron 2.000 euros de mi cuenta. Estaba enfadado y desesperado, hablé con mi banco, pero el dinero había desaparecido. El banco añadió que nunca solicitarían los datos de acceso a través de un mensaje de texto y un enlace.

La semana pasada recibí un mensaje diciendo que había ganado un año de pasta. Introduje mis datos. La notificación del premio llegó a través de una llamada a mi móvil. Podía elegir mi premio, así que opté por el importe en metálico. Por supuesto, para ello necesitaban mi número de cuenta. En lugar del premio, retiraron 1.000 euros de mi cuenta. Estaba desesperado.

Hace tres días, recibí un mensaje:

“Mamá, tengo un nuevo número de teléfono. No podrás localizarme en el antiguo. Necesito urgentemente 1.000 euros porque tengo que pagar una multa. Por favor, transfíerelo directamente al bufete; aquí tienes los datos de la cuenta...”



Estaba muy preocupada y guardé el nuevo número. Pero no pude localizar a mi hija en él. Transferí 1.000 euros a su cuenta.

Esa tarde, me llamó desde su antiguo número: «Mamá, ¿por qué me has enviado 1.000 euros?».

Había vuelto a caer en la trampa, pero al menos no transferí el dinero a otra persona.

Ayer, recibí un mensaje: «Ha ganado 10.000 euros». No lo abrí y lo borré inmediatamente.

Hoy, no leo ningún mensaje que no venga de números conocidos.

“El aprendiz de brujo”

“¡Por fin ha llegado el momento!”. Otto se frota las manos y corre de un lado a otro emocionado. Es la primera vez que el aprendiz de brujo se queda solo en casa. “Hoy voy a probar el hechizo de la semana pasada” - Empieza a murmurar mágicamente.

El gato, que está a su lado, hace una horrible joroba mientras una escoba se levanta lentamente del rincón y marcha encendida. Coge dos cubos y corre decidido hacia el río. Otto le sigue y aplaude feliz: “¡Funciona! Funciona”. La escoba llena los cubos de agua y regresa a la escuela de magia. Contento, el niño observa cómo la escoba va trayendo cubo tras cubo de agua.

De repente, se da cuenta de que la bañera ya debería estar llena. Se levanta de un salto y sale corriendo.

-Para, para- dice a la escoba .- ¡Ya basta!

Pero la escoba ya está volviendo al río.

Otto tiene calor. La semana pasada también aprendió a poner la escoba en el rincón.

Pero ya no se acuerda.

-Ya basta- vuelve a gritar cuando la escoba se acerca de nuevo- Ya basta. ¡Basta!

Pero la escoba se limita a mirar al niño con una sonrisa desagradable.



Desesperado, Otto se desploma en el suelo de piedra. ¿Qué debería hacer ahora? No quería rendirse. ¡Si no con magia, entonces con ingenio! Apresuradamente, Otto corre al cobertizo y rebusca entre las herramientas con la esperanza de encontrar la idea correcta. Después de un rato, Otto se da por vencido.

De regreso a casa, el niño pisa un charco que ya se ha deslizado desde la bañera hasta el jardín delantero. Ahí es cuando se le ocurre la idea. "¡Eso es!". El niño rápidamente agarra una pala y comienza a cavar. Cava y trabaja sin parar hasta que termina parado felizmente frente a una construcción.

En ese momento, la escoba traviesa vuelve a pasar junto a la bañera y poco después la construcción se inunda. "¡Qué fastidio!", piensa Otto. "Sin el hechizo, no funcionará". Respira hondo y coge el teléfono.

-¿Lena? He causado un desastre. Tuve una buena idea pero no ha funcionado y ahora estoy muy nervioso porque toda la casa está bajo el agua, y el dueño vuelve pronto, ¡y no se me ocurre el hechizo!

Al otro lado, Otto oye la voz familiar de su amiga:

-Si te he entendido bien, Otto, aprendiste el hechizo la semana pasada. ¿Verdad?

-Sí, es cierto- dice Otto con voz ronca.

-Entonces lo recordarás si lo piensas bien.-lo anima Lena.

-Pero si ya lo he intentado- responde Otto en voz baja.



-¡Atento! Siéntate, respiras hondo y cierras los ojos. Y cree en ti mismo, ¡seguro que recordarás ese hechizo!

-¿De verdad lo crees?- pregunta Otto tímidamente, pero decidido a intentarlo. Cuelgan y Otto busca un rincón acogedor donde poder concentrarse. Mientras permanece sentado en silencio, respirando y pensando, el suelo sigue inundándose lentamente. Al cabo de un rato, se levanta de un salto: "¡Ya está!". Otto empieza a mascullar de nuevo y la escoba queda inerte en el rincón de donde salió, como si nada hubiera pasado.

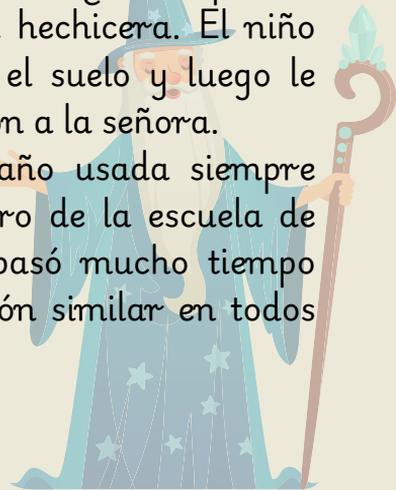
-¡Ahora seca el suelo rápido!", se ordena Otto, aliviado, y empieza a secar el agua con una esponja. Justo entonces, se abre la puerta principal y entra la jefa. El aprendiz de brujo se arrodilla junto al cubo y la mira con incertidumbre.

—Veo que has estado practicando tu magia —pregunta con una voz que Otto no reconoce del todo. ¿Estrá enfadada? —Lo has hecho muy bien, Otto. La práctica hace al maestro.

—¿No estás enfadada, señora?

—¡Ay, no! —replicó ella con un gesto—. ¡Después de todo, construiste ese sistema de riego tan útil para el jardín delantero! ¡Y fregaste toda la casa! ¿Quién podría estar enfadado por eso? —sonríe la hechicera. El niño llora aliviado. Se apresura a secar el suelo y luego le explica con entusiasmo su construcción a la señora.

Desde ese momento, el agua del baño usada siempre fluye directamente al jardín delantero de la escuela de magia para regar las flores y no pasó mucho tiempo antes de que hubiese una construcción similar en todos los jardines delanteros del vecindario.



“El burro y su sombra”

Érase una vez un viajero que contrató a un burro y a su amo para que le ayudaran a cruzar un largo desierto.

Empezaron muy temprano por la mañana, el viajero sobre el burro y el amo del burro a su lado, a pie.

Al mediodía, cuando el calor se había hecho insostenible, hicieron un alto.

-Tomemos un poco de agua y descansemos a la sombra del burro dijo el viajero

-¡Sí gran idea! Pero deberíamos compartir el agua porque el burro también está agotado! replicó el jefe

-Por supuesto- dijo el viajero y después de beber el agua tanto el viajero como el jefe descansaron a la sombra del burro.



“El erizo y el zorro”

Érase una vez en un bosque, bien escondido para saber de su existencia había que caminar kilómetros fuera de la ciudad, vivía Marcos, el erizo. Marcos tenía 4 años. Viejo, claro, ya que los erizos viven hasta 5 años. Sin embargo, a quien preguntabas en el bosque te decía que tenía siete, como un gato. Decían que cada tres por tres salía a la calle, que no le importaban los coches ni la gente mala y que, a riesgo de perder la vida, cruzaba la carretera y se adentraba en el bosque de enfrente. Ningún otro erizo se había aventurado a explorar aquel bosque, pues ahora todos sabían que los que habían ido allí nunca regresaban.

Los zorros que dominaban el bosque vecino se aseguraban de exterminar a cualquier erizo pequeño que se acercara a sus nidos. Pero ninguno de ellos molestaba a Marko y todos se sorprendieron cuando regresó. Pero él tampoco lo sabía. Era tan viejo que no le importaba morir. Vivía el momento. Y todos le envidiaban por ello, pero nadie hacía lo mismo.

Una mañana, Markos decidió cruzar de nuevo la carretera, ir al bosque de enfrente y bañarse tranquilamente en el río.

Desde pequeño le encantaba mojarse las espinas en el río del bosque de enfrente, donde pasaba incontables horas jugando con sus hermanos.

Sus pequeñas piernas le impedían llegar rápidamente a su destino, por lo que siempre empezaba temprano por la mañana para ganar tiempo. Pensaba que a esa hora no pasarían muchos coches, por lo que su ruta sería más segura.

Eso es lo que hizo aquella mañana, así que empezó temprano a cruzar la carretera. Ya no oía bien, pero pudo oír aquellas fuertes sirenas que venían hacia él justo antes de llegar al bosque de enfrente. Volvió la mirada para ver un gran vehículo blanco que se dirigía hacia él a toda velocidad. Incapaz de salvarse, se envolvió en sus espinas y se dio cuenta de que su vida había terminado. Las ruedas del vehículo blanco le tocaron la espalda y gritó de dolor. El vehículo blanco siguió corriendo y Marcos se quedó en la carretera, dolorido, gritando pero sabiendo que seguía vivo.

- «¡Lucharé!», dijo y siguió gritando pidiendo ayuda.

Al cabo de un rato, Sifis, el oso pardo, Melina, la líder de los jabalíes y todos los demás erizos que habían oído la llamada de Marcos aparecieron de detrás de la hierba alta. Le miraron y cuando se dieron cuenta de lo que le había pasado empezaron a pensar en soluciones pero sin pasar a la acción.

Un hermoso zorro de color marrón rojizo, con una orgullosa cola tupida apareció y dijo a todos:

- ¡Vamos, ayudemos a Marcos! ¡Ha hecho tantas cosas por nosotros! Dejad de envidiarle y ayudémosle.

Elli, la reina zorro en colaboración con los demás animales ayudaron y trasladaron al viejo erizo. Le trataron con cariño y le correspondieron por toda la ayuda que el erizo les ofreció durante tantos años. Marcos después de algunos días se puso bien y agradeció a todos sus amigos - ¡Todos podemos cruzar el camino!
¡Si permanecemos unidos y amados, podemos ayudarnos mutuamente y tener una vida hermosa!

“El encuentro”

Tenía el compartimento del tren para mí solo. Entonces subió una chica -dijo un joven indio ciego-. El hombre y la mujer que vinieron a acompañarla debían de ser sus padres. Le hicieron muchas recomendaciones. Como entonces yo ya era ciego, no pude saber cómo era la chica, pero me gustó el sonido de su voz.

- Disculpe -le dije entonces- quería decirle que el sonido de su voz es muy agradable. Me despierta bellas emociones. Si no le molesta, me gustaría que me describiera su rostro. Soy ciego y me gustaría poder relacionar su voz con un rostro.

-Gracias, no me molesta en absoluto su pregunta. Por desgracia, yo también perdí la vista a los 17 años y sé lo que se siente. Con mucho gusto le describiré mi cara mientras la recuerde.

Tras escuchar la descripción de la chica, el joven se entusiasmó aún más y decidió, a su vez, describirle su propio aspecto y contarle la historia de cómo había perdido la vista a causa de un accidente.



Impulsados por el interés y la curiosidad mutuos, fue espontáneo que ambos se llevaran las manos a la cara y se acariciaran los rasgos. Mientras tanto, el tren se acercaba a la parada donde la chica debía bajar, pero, llevados por la intensidad de aquel momento y la intimidad de aquel contacto, decidieron continuar el viaje, para descubrir más el uno del otro.

A menudo, el miedo a ser juzgados y rechazados puede bloquearnos y empujarnos a vivir en la sombra. Pero confiar en nosotros mismos y en los demás y no tener miedo a mostrarnos tal como somos nos permite disfrutar de experiencias y encuentros apasionantes. Algunos trenes sólo pasan una vez.



“El espejo chino”

Un día, el granjero chino se preparaba para partir a la ciudad con su esposa para vender el arroz que habían cosechado. La vida no había estado de su lado: una sequía reciente había arruinado casi toda su cosecha, y solo con determinación y trabajo duro habían logrado sobrevivir. Antes de irse, su esposa le dijo:

— Tráeme un peine, si puedes; se me rompió el mío y quiero verme bien. El granjero asintió y se puso en camino.

Camino abajo, se llenó de pensamientos ansiosos: ¿Se venderá el arroz? ¿Agobiaré a mi familia con mi fracaso? En la ciudad, vendió el arroz a un precio justo. Cansado pero aliviado, pasó por una pequeña tienda con un objeto muy extraño: un espejo. Nunca lo había visto antes. Mirándose desde el otro lado, vio a un hombre cansado pero fuerte mirándolo. En ese único momento, todo el peso del viaje que había hecho, con toda su insistencia detrás de él, residió en este pensamiento. Tal vez mi esposa también debería verse a sí misma: no como una mujer cansada o vieja, sino como una mujer que ha resistido, que ha sobrevivido y que sigue siendo hermosa. Compró el espejo y se fue a casa. Cuando su marido se lo dio, se sorprendió pero se sintió agradecida. Sola, se miró en él por primera vez. Al principio tuvo miedo.

El rostro en el espejo... ¿era más joven? ¿Bonito? ¿No era el suyo? ¿Había traído a otra mujer a casa? Cerró el espejo pero no lo tiró. Pasaron los días. Todas las noches soñaba con su yo adolescente, riendo, fuerte, bañada de luz, y todas las mañanas volvía a mirarse; poco a poco, ese rostro reflejado se volvía familiar. Empezó a verse a sí misma, no como una extraña, en realidad, sino como una mujer moldeada por el tiempo, el amor y las dificultades. Su madre se dio cuenta y le dijo con dulzura:

-Te había visto luchar. Pero el hecho de pararse frente a uno mismo con valor es una verdadera fortaleza-dijo la esposa.-Pensé que el espejo me mostraría otra persona. Pero me mostró quién soy. No soy perfecta, no soy joven, pero estoy viva y, ah, sí, fuerte.

Ella se volvió hacia él esa noche y le dijo:

- Gracias; no solo me diste un regalo, me diste una nueva forma de verme a mí misma.

-¿Te viste a ti misma mientras te mirabas en él?

-Sí- dijo él, asintiendo con la cabeza en señal de afirmación- al principio tampoco me gustó mucho. Pero luego me di cuenta de que ese rostro había sobrevivido a mucho; estoy orgulloso de él. Estoy orgulloso de nosotros.

Y desde ese día, el espejo se mantuvo en su casa como un símbolo silencioso de resiliencia, un recordatorio de que la fuerza no tiene que ver con la perfección. Porque tiene que ver con cómo uno se mira a sí mismo con honestidad y dignidad después de muchas dificultades, y enfrenta el mundo nuevamente con esperanza.

“El Gallo de Barcelos”

¿Presunto inocente?

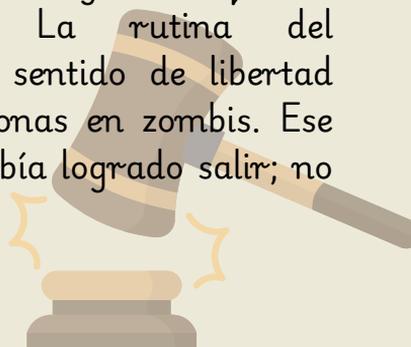
En la sala de espera del tribunal hacía un calor insostenible... Con la garganta seca, John sintió una opresión en el pecho... La ansiedad le causaba síntomas que apenas podía soportar... Atrapado en una red de burocracia, malentendidos y casos que parecían pertenecer a todos y a nadie, se sentía perdido.

Una tarde lo cambió todo. Como ex convicto, sabía que lo habían culpado de nuevo, y esta vez, no era culpa suya. Respiró hondo y resolvió no dar marcha atrás. Era inocente. Esta vez, era verdaderamente inocente.

¿Qué había pasado? Ni siquiera John podía explicarlo.

¿Un nombre? ¿Una foto? ¿Alguien le estaba tendiendo una trampa?

Durante años, se había distanciado de los grupos turbios de su barrio. Desde que cumplió su condena, algo dentro de él había cambiado. La cárcel era algo a lo que no podía volver a enfrentarse. La rutina del encarcelamiento oprime cualquier sentido de libertad intelectual, convirtiendo a las personas en zombies. Ese era el punto de vista de John. Y había logrado salir; no iba a volver.



Ahora se encontraba atrapado en un lío que apenas podía creer. Había empezado un nuevo trabajo en otra parte de la ciudad, donde nadie lo conocía. ¿Cómo había terminado su nombre en la lista de sospechosos de una serie de robos en el garaje de la oficina?

De repente, en la sala de espera, John dejó de escuchar la charla del grupo sentado a su lado. Ya no oía el sonido del agua goteando del grifo de la hielera, ni al oficial de la juzgado, que salía de detrás de la pesada puerta de madera maciza, llamado por nombre de una lista sujeta a una carpeta desgastada con una voz distante y sin emociones.

De hecho, dejó de escuchar cualquier cosa ajena a él por completo. ¡Entonces, lo entendió todo!

¡Eso era! ¡Su nombre estaba en la lista porque era el chico nuevo en el trabajo! ¡Porque tenía antecedentes penales! ¡Porque era más fácil echarle la culpa al "forastero"!

Consciente de su situación, de repente recobró su confianza. Sabía que era inocente y estaba decidido a enfrentarse a cualquier desafío, viniera del juez o de los abogados. Sentía que podía demostrar su inocencia sólo con palabras.

Volviendo a aquella fatídica tarde en su mente, John repasó cada detalle, cada persona con la que se había encontrado. Entonces lo recordó. La misma tarde de los robos, había estado ayudando a una anciana que tenía dificultades para caminar. Necesitaba ayuda para llegar al despacho de su nuera, abogada en el mismo edificio.

Había tardado bastante y, aunque la mujer se había mostrado muy agradecida y le había regalado una tarjeta, John no había vuelto a pensar en ello.

“Mi querido joven”, le había dicho ella, “eres el único que se ha dado cuenta de que lo estaba pasando mal. Por su amabilidad, le daré la tarjeta de mi marido, el juez Mendonça. No dude en ponerse en contacto con él si alguna vez necesita ayuda”.

Ni siquiera tuvo que buscar la tarjeta, que probablemente se había perdido para siempre.

En la sala, John pidió humildemente permiso para hablar. Declaró:

- “No soy el sospechoso que están buscando. Tengo coartada: ¡su mujer estaba conmigo en el momento del crimen! Castíguenme si no es verdad”.

Tras la esperada conmoción y una minuciosa verificación, John fue puesto en libertad. Más tarde, la amable señora le invitó a comer.

“El ganso de oro”

Érase una vez un hombre que tenía tres hijos. Al menor le llamaban Tonto y todos le despreciaban y se burlaban de él.

Un día, el hijo mayor quiso ir al bosque a cortar leña. Antes de partir, su madre le dio un buen pastel y una botella de vino para que no pasara hambre ni sed. Cuando llegó al bosque, se encontró con un anciano canoso. El hombrecillo, después de desearle buenos días, le dijo: «¡Dame un trozo de tu tarta y déjame beber un sorbo de tu vino que tengo mucha hambre y sed!».

Pero el hijo listo le contestó «Si te doy mi tarta y mi vino, entonces no quedará nada para mí. Así que sigue tu camino y no me retrases». Así que dejó al hombrecillo y siguió su camino. Cuando encontró un árbol adecuado para leña, empezó a cortarlo, no tuvo tiempo de continuar mucho tiempo. Después de dar unos cuantos golpes al árbol, su hacha falló y se golpeó en la mano. Así que se vio obligado a volver a casa para que le vendaran la herida. Pero en realidad la herida se la había causado el hombrecillo gris.

Cuando el primer hijo regresó a casa sin leña y herido, el segundo se puso en marcha hacia el bosque. La madre también le dio una tarta y una botella de vino. Cuando llegó al bosque se encontró con el mismo hombrecillo gris que le pidió un trozo de tarta y un sorbo de vino.

Pero el segundo hijo también se negó, diciendo: «Si I te doy de comer y de beber, éstos me faltarán a mí, así que vete y no me hagas perder el tiempo». Así que dejó al hombrecillo y continuó hacia el bosque. El castigo tampoco se hizo esperar para él. Tras unos cuantos golpes de hacha en un árbol, el hacha se soltó y le golpeó en la pierna, por lo que fue a parar a su casa.

Entonces el hijo menor, Tonto, dice: «Padre, déjame ir a cortar leña».

«Tus hermanos se hicieron daño cuando fueron», contestó el padre, “no importa, tú no sabes de estas cosas”.

Pero Tontín insistió y suplicó a su padre hasta que éste le contestó «Vete, del daño sufrirás pero como mucho te harás más listo».

Su madre le dio un pastel que había hecho con ceniza y agua y una botella de cerveza que ya se había agriado.

Cuando llegó al bosque también se encontró con el hombrecillo gris que le saludó y le dijo: «¡Dame un trozo de tu tarta y un sorbo de tu botella, tengo mucha hambre y sed!».

Silly respondió entonces: «Todo lo que tengo es pastel de ceniza y cerveza agria, si estás satisfecho con eso entonces sentémonos y comamos». El hombrecillo aceptó, pero cuando se sentaron y Tontín sacó el pastel de ceniza se había convertido en un gran pastel de huevo y la cerveza agria en un buen vino.

Así que se sentaron y después de comer y beber el hombrecito dijo: «Como tienes buen corazón y compartes lo que te pertenece te daré suerte. Frente a nosotros hay un viejo árbol, córtalo y en sus raíces encontrarás algo». Con estas palabras el hombrecito se despidió y se fue.

Cuando Tonto fue a cortar el árbol, encontró en sus raíces un ganso que tenía alas de oro puro. Sacó el ganso, se lo llevó consigo y se fue a una posada a pasar la noche. El dueño de la posada tenía tres hijas que estaban muy intrigadas por aquel extraño pájaro. Por curiosidad, las hijas quisieron robar una de las plumas doradas del ganso. La mayor pensó: «¡Ya habrá ocasión de quitarle un ala!» Y cuando salió Tonta, agarró el ala de la oca, pero sus dedos se quedaron pegados a ella. Al cabo de un rato llegó la segunda y también quiso coger algo de la oca. Pero en cuanto tocó a su hermana se aferró a ella. Cuando llegó la tercera hermana, las otras dos empezaron a gritarle: «¡Fuera de aquí, por Dios, fuera!». Sin embargo, la tercera no entendía por qué debía marcharse y corrió hacia la oca. Pero en cuanto tocó a su hermana mediana, también se quedó atrapada. Así que las tres pasaron la noche juntas con el ganso. A la mañana siguiente, Tonto cogió el ganso en brazos y se puso en camino, sin prestar atención a las niñas que se aferraban a él. Las niñas corrieron tras él, una a la izquierda y otra a la derecha, según encontraban el paso sin caerse.

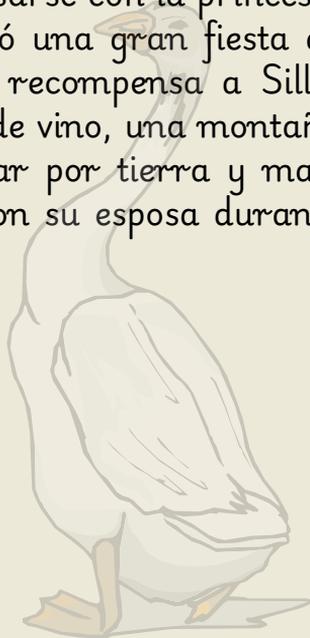
En el camino se encontraron con un sacerdote, que en cuanto vio su rumbo se enfureció: «¡No tenéis vergüenza de correr detrás del joven, esto no está nada bien!». Terminando la frase agarró a la más pequeña de la mano para tirar de ella, pero en cuanto la tocó se le atascó y se vio obligado a correr tras ellos.

Al cabo de un rato se cruzaron con el comisario de la iglesia, que vio al cura corriendo detrás de las tres muchachas. Se asombró al verlas y gritó: «¿Adónde vas tan deprisa, papá? No olvides que hoy tenemos un bautizo». Corrió hacia él y le tiró de la manga, pero también se quedó atascado.

Entonces, mientras los cinco seguían a la gallina de los huevos de oro, se encontraron con dos campesinos que venían de sus campos con horcas al hombro. El cura les gritó que le soltaran a él y al comisario. Pero en cuanto tocaron al comisario también se atascaron y ahora eran siete los que corrían detrás de Tonto y la oca.

Finalmente llegaron todos juntos a una ciudad. En esta ciudad había un rey cuya hija era tan seria que nadie podía hacerla reír. La joven princesa, al verlos a todos juntos, se echó a reír.

El rey estaba muy contento porque por fin había encontrado a alguien capaz de hacer reír a su hija. Silly pidió la aprobación del rey para casarse con la princesa. El rey quedó encantado y organizó una gran fiesta de boda para la joven pareja. Como recompensa a Silly, ofreció a los invitados una bodega de vino, una montaña de pan y un barco que podía viajar por tierra y mar. Silly heredó el reino y vivió feliz con su esposa durante muchos años.



“El hombre que contaba historias”

En un pequeño pueblo situado en lo profundo del bosque y con vistas al mar, vivía un hombre con el don de contar historias. Todas las mañanas salía del pueblo para buscar inspiración para sus cuentos. Al anochecer, todos los habitantes del pueblo se reunían para quedar encantados con sus historias. Cada vez que le preguntaban: ¿Cuéntanos qué has visto hoy? Y él respondía con una dulce y fresca sonrisa: Hoy he visto un jardín lujoso con árboles de todas las formas. Cada hoja era como un pequeño cuadro. De cada flor brotaban todos los colores que puedo imaginar. Vi a un artista que estaba de pie en medio de los árboles con una paleta, creando nuevos patrones y formas en su lienzo, influenciado por todo lo que veía a su alrededor. Los habitantes del pueblo estaban asombrados. ¿Cómo se podía convertir la arena en un lienzo? ¿Cómo podía una anciana hacer arte solo con sus manos? Llenos de inspiración, los habitantes del pueblo comenzaron a explorar sus propias formas de ser creativos. Esto es lo que sucedió. Pronto los jóvenes comenzaron a recolectar maravillosas piedras, hojas y palos en las calles creando su propio arte. Los ancianos comenzaron a tejer hierba y cuerdas en hermosas creaciones; los niños estaban pintando murales en las paredes del pueblo, convirtiéndolo en la galería más colorida. Todos encontraron su propia creatividad de alguna manera, y el pueblo comenzó a brillar con nuevos colores.

Pero un día, el cuentacuentos regresó con una historia completamente nueva. Paseé por la playa hoy y vi a un grupo de personas construyendo una enorme escultura con arena y piedras. No era solo una obra de arte. Cada piedra, cada pieza fue elegida cuidadosamente para crear armonía y equilibrio. No solo estaban construyendo, estaban contando. Una historia sobre su pueblo, sus vidas y sus experiencias. Fue en ese acto de creación que comprendí lo fundamental que es no solo crear sino también unirse para crear algo más grande que nosotros mismos. Los aldeanos, ahora completamente enamorados de la idea de la creatividad, se dieron cuenta de que la creatividad no era solo una cuestión de autoexpresión, sino del poder que tiene para unir a las personas y crear algo que pertenece a todos.

Desde ese día, el hombre nunca más habló de criaturas míticas o tierras lejanas. En cambio, instó a sus compañeros de aldea a ver el mundo con ojos creativos, para hacerles entender que la creatividad no es solo lo que uno mismo puede crear, sino cómo su imaginación puede unir a las personas y transformar el mundo que lo rodea.



“El león desagradecido”

Érase una vez un feroz león que sembraba el terror por toda la sabana. Para evitar que siguiera causando problemas, los cazadores acordaron deshacerse de él. Engañaron a la bestia para que se metiera en una cabaña y sellaron la puerta. Un día, un hombre, compadecido por las súplicas del león para que lo liberaran, abrió la puerta y el animal no dudó en atacarle. Se salvó e inmediatamente intervinieron los humanos de la aldea, que organizaron una especie de juicio para averiguar qué había ocurrido.

Sin embargo, el juicio tomó otro cariz, ya que un lobo sabio empezó a cuestionar los motivos del león para atacar a quien le había salvado. La pregunta central durante todo el juicio fue «¿Qué hemos hecho nosotros para contribuir a la reeducación del león?». Este razonamiento hizo que el pueblo se diera cuenta de lo inútil que era encerrar a un animal en una celda sin ayudarlo a comprender sus errores. Entonces se invitó al león a volver a la jaula con la promesa de un camino que le reintegraría en la sociedad. Al cabo de sólo dos años, el león se hizo libre, estableciendo una gran complicidad con humanos y animales, amando a todos y siendo amado.

“El límite del 30% para los extranjeros y el amor”

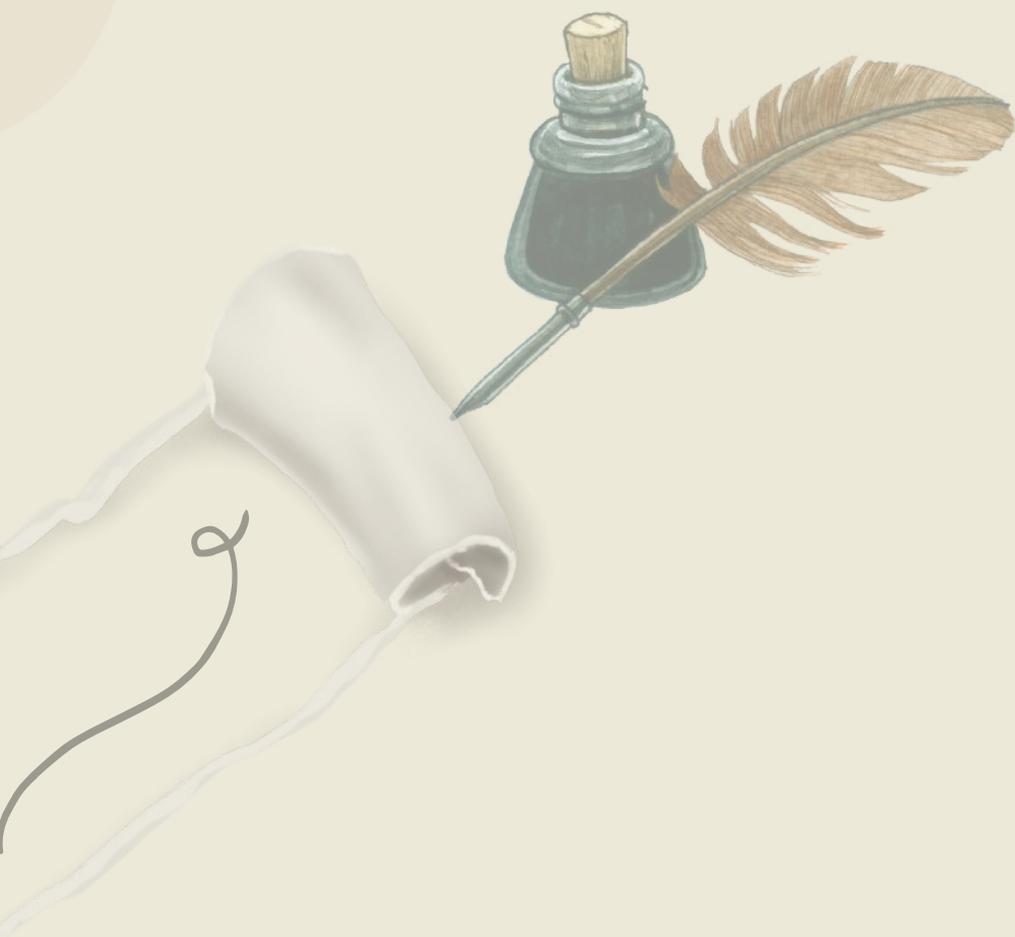
Érase una vez un barco. En él viajaban muchas personas. Casi todas ellas no podían dejar de mirar preocupadas al mar y, sobre todo, al horizonte. Sin embargo, había alguien entre ellos que sabía sonreír y jugar. Eran Hassan y Said. Ambos tenían seis años y se conocían desde que nacieron. Los llamaban los tortolitos y nunca ese apodo había sido más acertado. Se gustaban y disfrutaban jugando juntos, eso era todo. Llegó el día en que el mar se acabó y pisaron tierra firme, en Italia. Los meses que siguieron fueron muy duros y los obstáculos a los que se enfrentaron los dos niños y sus padres, indescriptibles. Sin embargo, incluso en esos momentos difíciles, Hassan y Said consiguieron encontrar la manera de sonreír y jugar. Es el regalo de la naturaleza a los niños. Se llama inocencia y debe protegerse a toda costa. Los dos padres encontraron por fin un hogar. No fueron los únicos que lo encontraron. La fortuna, como el piso, debía compartirse con otros diez viajeros de por vida. Así llamaba la abuela Karima a los hombres que partían hacia Europa y a Hassan y Said les gustaba. A pesar del reducido espacio de la casa, los niños no defraudaban y estaban casi siempre alegres. Luego llegó la hora del colegio.

El primer día los padres estaban muy nerviosos, al igual que los hijos. Ir a la escuela era algo extraordinario para su vida en la carretera. Hassan y Said se habían dado cuenta de que incluso la escuela, a pesar de ser un lugar construido especialmente para ellos, podría no ser fácil para ninguno de los dos. Eran viajeros de por vida pero, desde que llegaron a nuestro país, se habían dado cuenta de que había muchas otras formas de que los habitantes les llamaran y ninguna de ellas era tan gratificante como la primera. Sin embargo, creo que ahora queda establecido lo invencible que era la presencia del otro para cada uno de ellos. El destino, sin embargo, puede ser burlón.

-Lo siento, dijo la profesora, dejando entrar sólo a Hassan- sólo puedo tener un treinta por ciento de extranjeros en mi clase.

Luego cerró la puerta del aula. El padre de Said lo llamó por su nombre, para conducirlo a su aula, pero él no se movió y se quedó allí, inmóvil, con el recuerdo de los ojos asustados de Hassan clavados en los suyos, mientras la profesora cerraba la puerta. Afortunadamente, el director de la escuela, que caminaba por el pasillo, vio la escena y preguntó a los chicos qué pasaba. Después de que los jóvenes le explicaran su situación, el director accedió a buscarles una nueva clase para que estuvieran juntos. Pero el director no se detuvo ahí, sino que organizó un debate con los demás profesores sobre el tema de la inmigración juvenil.

De este debate surgió una asociación para la protección de los migrantes, cuyo primer objetivo fue anular la ley “sobre el 30% de extranjeros”, petición que se propuso y aprobó en el parlamento, lo que cambió la vida de jóvenes como Hassan y Said.

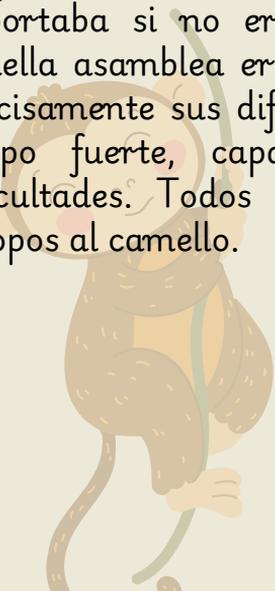


“El mono y el camello”

Era un día especialmente importante. De hecho, desde el bosque se había enviado una invitación para que los delegados de todas las especies animales se reunieran en una asamblea en la que se debatiría un tema muy serio. No faltó nadie. El primero en hablar fue el león, rey indiscutible de los animales. En medio de un respetuoso silencio general, dijo: “Queridos y amados súbditos, nos hemos reunido hoy con el fin de establecer una paz duradera entre nosotros, eliminando todas las rencillas y envidias, para que juntos podamos hacer frente a cualquier peligro causado por el hombre a la naturaleza”. El discurso continuó largo y tendido, subrayado por los aplausos.

Todos estaban de acuerdo: era necesario unirse para superar cualquier problema. Al final de la asamblea, cada animal participó en el gran almuerzo organizado para la ocasión. Hubo abundante comida y bebida. Cuando todos estuvieron saciados y satisfechos, alguien le pidió al mono, que era notoriamente alegre y vivaz, que animara la ceremonia con algún espectáculo divertido. El mono, sin que nadie se lo pidiera, subió a la plataforma y, con agilidad y simpatía, comenzó un divertidísimo número lleno de saltos acrobáticos, volteretas y bailes. Embelesados, los espectadores aplaudieron como nunca, divertidos por la habilidad de este inusual comediante.

Un camello se quedó a un lado, admirando el éxito del mono y aplaudiendo con fuerza. Estaba contento por su éxito, pero al mismo tiempo se sentía un poco triste: nadie lo habría esperado pero al camello le gustaba mucho bailar. A menudo lo hacía cuando estaba solo, porque sabía muy bien que no era un bailarín ágil y experto como el mono y, en parte, temía el juicio de los demás animales. Sin embargo, se decía a sí mismo que no tenía nada de qué avergonzarse: ¿qué mal había si era feliz cuando bailaba aunque no lo hiciera muy bien? Así que decidió que lo intentaría: en cuanto el mono hubo terminado su espectáculo, ocupó su lugar en la plataforma y empezó a moverse al ritmo de la música. Por supuesto, era un baile torpe y desgarrado, pero él continuó serenamente, sonriendo. Al principio, los demás animales permanecieron callados y desconcertados: no esperaban que un camello que se balanceaba continuamente incluso cuando caminaba pudiera estar interesado en bailar. Sin embargo, verle moverse alegremente era contagioso: al fin y al cabo, qué importaba si no era un baile perfecto, lo bonito de aquella asamblea era que todos eran diferentes y eran precisamente sus diferencias lo que les convertía en un grupo fuerte, capaz de enfrentarse juntos a las dificultades. Todos empezaron a aplaudir y a gritar piropos al camello.



“El pastor mentiroso”

Había una vez un pastor que tenía un rebaño con bastantes problemas y un redil fuera de su pueblo. Todas las mañanas llevaba a las ovejas a una colina verde cercana al redil y las dejaba que se sirvieran en paz. Normalmente pasaba el tiempo tocando la flauta, pero un día la olvidó en el redil. Como no tenía nada que hacer, se le ocurrió gastar una broma a sus compañeros. Así que se subió a una roca y empezó a gritar en dirección a la aldea: Ayuda a los aldeanos. Los lobos se comen mis ovejas. Corred. ¡Socorro! Los hombres del pueblo cogieron lo que encontraron delante y corrieron a ayudar al pastor, que en cuanto los vio empezó a reírse de su situación. Al pastor, al parecer, le pareció muy gracioso lo que estaba haciendo, ya que lo repitió un par de veces más y cada vez sus compañeros de aldea corrían a ayudarlo.

Entonces, una noche, el pastor notó sombras que se movían cerca del rebaño. Oyó gruñidos bajos pero, recordando sus mentiras pasadas, dudó. En lugar de correr hacia el pueblo, decidió observar en silencio. Escondido entre los arbustos, vio no uno, sino tres lobos que se acercaban sigilosamente a las ovejas.

Al darse cuenta del peligro real, cogió el cuerno y sopló una nota larga y grave. Los aldeanos, al oír esta nueva señal, supieron que algo iba realmente mal. Armados con antorchas y palos, se apresuraron a llegar al prado. Los lobos, asustados por las luces y el ruido repentinos, huyeron al bosque. Las ovejas se salvaron y el pastor, en lugar de ser despreciado, fue alabado por su rapidez mental.

A partir de ese día, el pastor ya no buscaba llamar la atención con mentiras, sino que se convirtió en un protector de confianza del rebaño. Los aldeanos también aprendieron que incluso los que cometen errores pueden cambiar y hacer grandes cosas.



“El patito feo”

En la granja se armó un gran alboroto: los pollitos de Mamá Pata estaban naciendo.

Uno a uno, empezaron a salir del cascarón. Mamá Pata estaba tan emocionada con sus adorables patitos que no se dio cuenta de que uno de sus huevos, el más grande de todos, seguía intacto.

Unas horas después, el último huevo empezó a romperse. Mamá Pata, todos los pollitos y los animales de la granja estaban esperando conocer al pequeño que aún no había nacido. De repente, del cascarón salió un patito con un aspecto peculiar, su aspecto no era el esperado. Cuando todos lo vieron se sorprendieron, este patito era grande, gris y su graznido sonaba diferente. Aunque su aspecto no era el que esperaban, Mamá Pata lo acogió, junto con sus otros pollitos.

Aunque nadie dijo nada, todos pensaron lo mismo: “Este patito es demasiado feo”.

Pasaron los días y todos los animales de la granja se burlaban de él. El patito feo no soportó la crueldad de los demás, por lo que decidió abandonar la granja en busca de un lugar donde pudiera ser aceptado tal y como es.



El patito feo se adentró en el bosque y, cuando estaba a punto de darse por vencido, encontró la casa de una humilde anciana que vivía con un gato y una gallina. El patito se quedó con ellos durante un tiempo, pero como no era feliz, pronto se fue. Cuando llegó el invierno, el pobre patito feo casi murió congelado. Afortunadamente, un granjero lo llevó a casa para vivir con su esposa e hijos. Pero el patito tenía miedo de los niños, que gritaban y saltaban todo el tiempo, y nuevamente escapó, pasando el invierno en un estanque pantanoso. Fue con la llegada de la primavera que el patito feo encontró una familia de cisnes nadando en el estanque y quiso acercarse a ellos. Pero recordó cómo todos se burlaban de él y agachó la cabeza avergonzado. Cuando miró su reflejo en el agua, se quedó asombrado. No era un patito feo, sino un hermoso cisne joven. Ahora sabía por qué se veía tan diferente de sus hermanos y hermanas: ellos eran patitos, ¡pero él era un cisne! Feliz, nadó hacia su familia. Se dio cuenta de que la verdadera belleza reside en la diversidad y la inclusión, y que todos merecen ser tratados con igualdad y respeto, independientemente de sus diferencias. Y así, el patito feo encontró su verdadero hogar, donde fue amado y valorado exactamente por quién era.



“El pescador y su mujer”

Érase una vez un pescador que vivía con su mujer Ilsebill en una choza de pescadores pequeña y torcida cerca del mar.

Un día, un gran fletán se retorció en la caña de pescar del pescador y le dijo:

-Pescador, no soy un fletán de verdad, soy un príncipe encantado. Por favor, ¡déjame caer y no me mates!

-.Bueno- dijo el pescador- un fletán que habla. Lo dejaré nadar.

Así que lo devolvió al agua clara y regresó con las manos vacías a la pequeña choza donde estaba su mujer.

-¿No has pescado nada hoy?- le preguntó Ilsebill.

-No- dijo el hombre- Sólo he pescado un fletán. Pero decía que era un príncipe encantado. Lo devolví al agua.

¿No has pedido ningún deseo?- le preguntó su mujer.

—No —dijo el hombre—. ¿Qué debería pedir?

—Oh —dijo Ilsebill—, nuestra cabaña es muy pequeña. Y huele mal, es vieja y destartalada. Deberías haber pedido una casita. ¡Ve a llamarlo de nuevo! Dile que queremos una casita. Estoy seguro de que nos dará una.

—Oh —dijo el pescador—, no quiero llamarlo de nuevo.

—Pero lo dejaste nadar. ¡Ahora, vete!

Al pescador no le gustó la insistencia de su mujer, pero tampoco quería decepcionarla, así que se fue al mar y le dijo al fletán:

-Timpý, timpý, timpý tee,
Buttje, buttje en el mar,
mi querida esposa, la Ilsebill,
no quiere lo que yo quiero... todavía
El fletán nadó hacia él y preguntó:

-Bueno, ¿qué quiere?

- Oh- dijo el hombre- te dejé libre de nuevo y ahora mi esposa dice que debería haber pedido un deseo. Ella ya no quiere vivir en la cabaña, quiere una casa como es debido- explicó el pescador.

- Vamos- dijo el fletán- ya la tiene.

El hombre regresó y vio a su esposa sentada en un banco frente a una bonita cabaña. Entraron juntos y miraron felices a su alrededor. Todo estaba en su lugar, incluso un pequeño patio con gallinas y un pequeño huerto con frutas y verduras.

-Mira- dijo la mujer- ¿no es bonito?.

- ¡Sí!- dijo el pescador- Dejémoslo así. Ahora queremos vivir contentos.

- Lo pensaré- dijo Ilsebill con extrañeza.

Unos días después, Ilsebill le dijo al pescador:

-La casita se está quedando demasiado pequeña para mí y el patio y el jardín son muy pequeños. Quiero vivir en un gran castillo. ¡Ve a ver al fletán y dile que nos dé un castillo!

—¡Oh, Ilsebill! —dijo el hombre—. ¡La cabaña es perfecta para nosotros! ¿Por qué queremos vivir en un castillo?

—¡Ve a ver al fletán! ¡Eso lo hará!

—No, Ilsebill —dijo el pescador con tristeza—. El fletán nos dio la cabaña. No quiero pedirle más. Podría enfadarse.

Pero su mujer no se detuvo, así que el pescador dijo enojado: —¡Eso no está bien! —Pero se hizo a la mar de todos modos.

El océano ahora estaba turbio y agitado, igual que el propio pescador. Caminó de un lado a otro por la orilla y reflexionó sobre lo que debía hacer. Poco a poco, se decidió y finalmente llamó al trasero:

"Timpy, timpy, timpy tee,
Buttje, buttje en el mar,
mi querida esposa, la Ilsebill,
no quiere lo que yo quiero, todavía".

El fletán nadó hacia él y preguntó:

-Bueno, ¿qué quiere?

-Querido fletán, mi esposa Ilsebill se está portando terriblemente mal y ¡ya no quiero vivir con ella así! ¿Podría vivir en el mar contigo? ¡Puedo nadar y bucear y seguro que nos divertiremos mucho!



“El ratón glotón”

Érase una vez un ratón muy glotón. Comía y comía hasta que se le hinchó tanto la barriga que no podía moverse de su sitio.

- ¿Por qué comes tanto? le decían los otros ratones.

- ¿Por qué no voy a comer? respondió el ratón glotón. Me gusta la comida.

- Un día te harás daño por comer demasiado, le aconsejaron.

- ¿Por qué debería sufrir daños? Tengo un estómago muy fuerte y digiero fácilmente todo lo que como.

Un día el glotón ratón salió de su nido, que estaba en el sótano de una casa, subió cautelosamente a la planta baja, no fuera a ser que un gato lo viera y se abalanzara sobre él, encontró un agujero en una pared, entró con dificultad porque era estrecho, dio un paso adelante y, de repente, ¡qué vieron sus ojos!

Encontró en un sótano, ¡un sótano lleno de comida! Quesos, salamis, carnes ahumadas, nueces y un montón de cosas más.

¡El ratón nunca pudo imaginar tanta suerte!

Pero, ¿y los demás ratones? El codicioso ratón se lo pensó mejor y consideró que el queso y el salami de la bodega eran suficientes y que otros ratones también podían comer. Se interesaron por su salud y su bienestar.

«Debería tener en cuenta sus palabras» dijo y el ratón llamó inmediatamente a otros ratones para comer juntos todos los bienes que encontró. El glotón ratón decidió que no sólo debía preocuparse por sí mismo, sino también por los demás. Así que todos los ratones juntos tuvieron una rica comida compartiendo el salami y el queso existentes en el sótano.

La glotonería es algo malo, tanto para los humanos como para los animales. Y quien es glotón seguramente se arrepentirá tarde o temprano...



“El ratón, el pájaro y la salchicha”

Érase una vez un ratón, un pájaro y una salchicha que vivían juntos en su casa. La mantenían todos juntos, ya que eran muy queridos, y en su casita reinaba la paz y la felicidad, ya que cada uno hacía su trabajo.

El trabajo del pájaro consistía en volar todos los días al bosque y traer leña a casa. El ratón tenía que traer agua del pozo, encender el fuego y preparar la mesa. Y la salchicha se había encargado de cocinar. Un día, el pajarito se encontró por casualidad con otro pájaro en el bosque, que se burló de él por lo bien que vivía y se mofó de él por trabajar duro en el bosque mientras sus otros dos amigos disfrutaban del calor de la casa.

- Uno se cansa mucho y carga la leña del bosque. Los otros dos hacen trabajos fáciles en la casa, le dijo. Cuando la ratita encendió el fuego y sacó agua del pozo, se sentó en el salón hasta la hora de preparar la mesa. Y la salchicha, que era la que cocinaba, sólo tenía que estar cerca de la olla para ver cómo se cocinaba la comida. Cuando llegaba la hora de cenar, la salchicha se metía en la olla, le daba una vueltecita entre las verduras, y así la comida quedaba deliciosa y lista para que la disfrutaran. Entonces llegó el pajarito del bosque.

Todos se sentaron a la mesa para comer y luego se fueron a sus camas, donde durmieron satisfechos hasta la mañana siguiente. Vivían una vida realmente hermosa. Pero al día siguiente, por creer lo que le decía su amigo, el pajarillo se negó a ir al bosque a cargar leña. Se había convertido en el sirviente de los demás durante mucho tiempo, se dijo. Ya es hora de que las cosas cambien, de que cada uno haga un trabajo diferente para variar.

El ratón y la salchicha estuvieron de acuerdo y el pájaro se sorprendió. La salchicha se encargó de ir al bosque a por leña, el ratoncito de cocinar y el pajarito de sacar agua del pozo, encender el fuego y poner la mesa.

Cuando la salchicha empezó a ir al bosque a por leña. El pajarito encendió el fuego y el ratoncito puso la olla de comida al fuego. Luego ambos esperaron a que la salchicha volviera a casa, con la leña para el día siguiente. Pero la salchicha encontró un compañero en el bosque, un perro. El perro estaba solo y hambriento y la salchicha decidió acompañarles y ayudarles con todos los trabajos que tenían que hacer.

Decidieron quedarse todos juntos y hacerlo lo mejor posible. Cuando llegó la hora de comer prepararon la comida y separaron los trabajos. Cambiaron los trabajos por turnos para sentirse todos iguales



“El soldadito de plomo”

Érase una vez veinticinco soldaditos de plomo, veinticinco hermanos porque nacieron de una vieja cuchara de plomo. El arma en el brazo, la mirada fija, el uniforme reluciente de rojo y azul, ¡qué bien se veían todos juntos! azul, ¡qué bien se veían todos juntos! La primera frase que oyeron al abrir la tapa de la caja que los contenía fue: “¡Soldados de plomo!”, gritada por un niño lleno de alegría. Era su regalo de cumpleaños y empezó a colocarlos sobre la mesa, todos bien alineados. Todos los soldaditos eran idénticos, excepto uno, al que le faltaba una pierna. Había sido el último soldado de juguete en fundirse y no quedaba suficiente plomo.

Sobre la mesa había muchos otros juguetes, entre ellos un espléndido castillo de papel. Era muy bonito, pero había algo aún más hermoso: delante de la puerta del castillo había una bonita niña, también de papel, con un delicado tutú. La niña tenía los brazos extendidos, ¡porque era bailarina! Y levantaba tanto la pierna que el soldado principal pensó que no tenía ninguna, igual que él.

“Aquí está la chica perfecta para mí” -pensó- “pero es demasiado distinguida, vive en un castillo mientras que yo vivo en una caja con otros 24 soldados. Aún tengo que conocerla”. Decidió visitarla en cuanto cayera la tarde. El soldado se escondió para que la niña no volviera a meterlo en la caja con los demás soldados. Al caer la tarde, el silencio invadió la casa. Todos los habitantes dormían plácidamente, excepto los juguetes. En la penumbra, empezó la fiesta: los globos tocaban las cuatro esquinas, los peluches hacían piruetas y los soldaditos de plomo desfilaban al son de un colorido tambor de payaso. En todo este alboroto, sólo se quedaron quietos la bailarina de papel y el soldadito de plomo, que no podía dejar de mirarla, perdidamente enamorado.

A la mañana siguiente, el niño se dio cuenta de que el soldado de plomo estaba escondido detrás de la caja; lo cogió y lo colocó en el alféizar de la ventana. Inmediatamente, una desafortunada ráfaga de viento, o tal vez el aliento vengativo de su rival, ¡lo hizo caer al vacío! El niño salió corriendo a la calle para buscarlo, pero al no encontrarlo, regresó a casa desesperado.

Comenzó a caer una violenta lluvia de verano. Dos ociosos vieron al soldado de plomo y tuvieron la curiosa idea de meterlo en un barco de papel que estaban construyendo.

Luego colocaron el barco en el agua. El frágil barco quedó rápidamente a merced de la corriente y desapareció en un remolino. El soldadito vivió momentos interminables en la oscuridad, mojado por el rocío del agua agitada y navegando por las alcantarillas... Finalmente vio la luz del sol a lo lejos. La luz se hizo cada vez más brillante y se abrió al campo y a la libertad.

“Gracias a Dios estoy sano y salvo...”, pensó. Por desgracia, todavía no había terminado... Una enorme rata de alcantarilla de aspecto feroz bloqueaba la salida, pero por suerte no pudo atraparlo y se alejó. El barquito de papel continuó su viaje por los prados y campos hasta que no pudo sostenerse y volcó. El soldadito de plomo se hundió. “¡Adiós, linda bailarina!”. Un enorme pez errante lo confundió con una presa que le gustaba mucho y se lo tragó entero. Poco después, el pez quedó atrapado en la red de un pescador y se vendió en el mercado. Por suerte, el pescado fue comprado por el cocinero que trabajaba para los padres del niño. Cuando escarbó en la tripa del animal para limpiarlo, ¿qué encontró? ¡El soldadito de plomo perdido! Lo puso sobre la mesa, al lado del castillo de cartón.

La linda bailarina lo miró sonriendo, feliz de no haberlo perdido para siempre. El soldadito le contó las terribles aventuras que había vivido y todos los juguetes comenzaron a escucharlo. Todos estaban muy conmovidos por el regreso del soldadito: siempre lo habían considerado poco valiente y capaz por la falta de su pierna pero había demostrado un gran coraje y capacidad para enfrentar las dificultades. Le tenían un gran respeto. Sólo el gnomo malo, su rival, ardía de ira al ver que todos celebraban el regreso del soldadito, especialmente su amada bailarina.

Así que intentó convencer al niño de que lo arrojara al fuego diciéndole que estaba arruinando su preciosa colección de soldaditos de juguete por culpa de la pierna que le faltaba. Sin embargo, cuando el niño se acercó al soldadito para llevárselo, sus hermanos soldados le dijeron que se detuviera y se alinearon como un ejército para defenderlo.

Le contaron al niño las muchas aventuras a las que se había enfrentado el soldadito y le mostraron cómo su singularidad había sido un valor. El niño, orgulloso del soldadito, decidió nombrarle jefe de su ejército.



“El Traje Nuevo del Emperador” (Versión 1)

Érase una vez un emperador que amaba tanto la moda que gastaba todo su dinero en vestirse con elegancia. No le importaban sus soldados ni el teatro, a no ser que fuese para lucir sus nuevos vestidos: tenía un traje para cada hora del día. En la gran ciudad que era la capital de su reino, todos los días venían forasteros, y una vez vinieron también dos estafadores: dijeron que eran dos tejedores y que sabían tejer la tela más increíble jamás vista. No sólo eran maravillosos los diseños y los colores de la ropa, sino que las prendas confeccionadas con aquella tela tenían un curioso poder: se volvían invisibles a los ojos de los hombres que eran muy estúpidos. “Sería una ropa maravillosa”-pensó el emperador. Con ellas puestas, sería capaz de reconocer a los tontos que trabajan en mi imperio ¡y podría distinguir a los estúpidos de los listos!

“Debo tener esa tela inmediatamente”- Y pagó a los dos estafadores para que se pusieran a trabajar.

Aquellos dos estafadores montaron dos telares y fingieron empezar a trabajar. Pidieron la seda más fina y el oro más brillante, los metieron en sus bolsas y continuaron así, con los telares vacíos, hasta bien entrada la noche.

El emperador estaba impaciente por ver cómo avanzaba el trabajo, así que pensó: "Enviaré a ver a los tejedores a mi viejo y fiel ministro. Nadie mejor que él puede ver cómo queda esa tela, ya que es inteligente y nadie está más a la altura de la tarea".

Así pues, el viejo ministro se dirigió a la sala donde los dos tejedores tejían en los telares.

Así que aquel viejo y confiado ministro se dirigió a la habitación donde las dos tejedoras tejían en los telares telares vacíos. "¡Cielo santo!" - pensó, abriendo mucho los ojos- "¡no veo absolutamente nada!"

Pero no lo dijo en voz alta. Las dos tejedoras le pedían que se acercara y le preguntaban si el diseño y los colores eran de su agrado, señalando siempre el telar vacío: el pobre ministro seguía haciendo mucho contacto visual, pero sin poder ver nada, también porque no había nada en absoluto.

Sin embargo, el ministro, que era un hombre sabio, empezó a sospechar de los dos estafadores y decidió hacerles algunas preguntas sobre las otras ciudades que habían visitado y los otros reyes a los que habían vendido sus ropas, pero sus respuestas no fueron nada convincentes.

-¡Creo señores que están engañando al emperador! No veo nada a pesar de ser un hombre digno y ustedes no responden a mis preguntas con convicción: ¡Iré a revelar su engaño al emperador!

“-¿Tiene pruebas ministeriales de lo que dice? ¿No será que no eres un hombre tan inteligente como crees?”-insinuaron los dos hombres-Tened cuidado con lo que le decís al emperador, pues no querríamos que pensara que ya no estáis a la altura de vuestra tarea, ya que, como hombre inteligente, deberíais ser capaz de ver nuestros tejidos mágicos.

Ante estas palabras, el ministro se asustó y, temiendo ser destituido de su cargo, informó al emperador de que el trabajo avanzaba y que las telas tenían unos colores hermosos y relucientes. Al cabo de un tiempo, el emperador envió a otro funcionario para que viera cómo avanzaba la obra. Pero le ocurrió lo mismo que al antiguo ministro. Sin embargo, embargado por las mismas dudas, también decidió mentir ante los estafadores. No obstante, una vez de vuelta en la corte, decidió enfrentarse al primer ministro. Al principio, temeroso de que le tomaran por tonto, intentó hacerle algunas preguntas, pero al final decidió aclarar sus dudas al otro hombre: ambos se dieron cuenta de que los dos tejedores eran efectivamente unos estafadores y decidieron contárselo todo al emperador, que sin duda les creería dada la confianza que depositaba en ambos.

Una vez que el emperador escuchó la experiencia, decidió poner a prueba a los dos estafadores para confirmar las dudas de sus leales funcionarios. Sin contarle nada de lo que estaba ocurriendo a su joven hijo, que apenas era un niño, sobre los poderes mágicos de la ropa, lo llevó con él a ver a los dos sastres estafadores.



Cuando éstos empezaron a ensalzar la belleza de los tejidos, los colores deslumbrantes y los exquisitos bordados que podían ver en las prendas que tejían, el hijo exclamó:

-Padre, ¿qué dicen estos hombres? Sus telares están vacíos.

Entonces el emperador se dio cuenta de que le habían estafado y de que, por su vanidad, se había arriesgado a dilapidar las riquezas de su reino por su propio egoísmo. Mandó detener a los dos estafadores y recompensó a los dos funcionarios que le habían sido fieles y le habían revelado la verdad. A partir de ese día, el emperador se convirtió en un gobernante mucho más atento a las necesidades de su pueblo que a las suyas propias.



“El Traje Nuevo del Emperador”

(Versión 2)

En una ciudad moderna, había un líder al que le encantaba ser admirado. Se consideraba la persona más inteligente e innovadora del lugar. Casi nadie se atrevía a desafiarle. Muchos temían parecer tontos o perder sus puestos.

Un día llegaron a la ciudad dos asesores. Decían ser expertos en democracia e innovación. Prometieron al líder un proyecto único: una política tan avanzada que sólo las personas verdaderamente inteligentes podrían entenderla. Según ellos, era perfecta, pero invisible para cualquiera que no fuera capaz de apreciar su valor.

El líder quedó encantado y les contrató de inmediato. Los dos se encerraron en un despacho y «trabajaron» durante días. Mostraron gráficos vacíos y utilizaron palabras rimbombantes sin decir nada real. Los otros asesores, demasiado asustados para admitir que no entendían, fingían estar impresionados. “¡Esto es increíble!”, decían algunos. “¡Qué idea tan brillante!”, coincidían otros.

Llegó el gran día. El líder subió al escenario, lleno de orgullo.

Empezó a hablar de transparencia, participación y democracia. Sonrió, gesticuló y habló con seguridad. Pero nadie en el público entendía lo que decía. Aun así, nadie se atrevía a admitirlo. Después de todo, si no lo entendían, seguramente era culpa suya, ¿no?

Entonces, una joven levantó la mano. Su voz cortó el silencio:

“Perdone, pero... no lo entiendo. ¿Podría explicármelo otra vez? ¿Dónde están los resultados? ¿En qué nos ayuda esto?”.

Se hizo el silencio. Poco a poco, la gente empezó a mirarse unos a otros. “Yo tampoco lo entiendo”, dijo alguien. “¡Yo tampoco!”, añadió otro. Y, de repente, todos empiezan a hablar a la vez. La joven había dicho lo que todos pensaban pero no se atrevían a decir.

El líder se queda paralizado. Su rostro enrojeció al darse cuenta de que le habían engañado. Nadie entendía realmente el proyecto. Mientras tanto, los asesores se escabullen en silencio, dejándole frente a la multitud.

“Lo siento”, dijo, claramente avergonzado. “Me he dejado llevar por el orgullo y el miedo a parecer tonto. Pero he aprendido la lección. A partir de ahora, quiero escucharos. Trabajaré con vosotros, con claridad y honestidad. Lo prometo”.

A partir de ese día, todo cambió. La ciudad se convirtió en un verdadero ejemplo de democracia. Se escuchaba la voz de la gente, que participaba en las decisiones. Y nadie volvió a sentir miedo de hacer preguntas o decir la verdad.

“El zorro y la cigüeña”

Cuentan nuestros antepasados que en una época lejana, cuando los animales aún tenían el don de la palabra y no se avergonzaban de ser vistos por los humanos, un zorro quiso organizar una cena en casa e invitó a su amiga la cigüeña. Se sabe que los zorros son animales astutos por naturaleza y que a menudo consiguen salir de apuros gracias a su astucia. Pocos saben, sin embargo, que este animal de bello pelaje rojizo también puede ser travieso y un poco malhumorado. Todos habrían esperado que el zorro preparara una deliciosa cena para su invitada y, sobre todo, que tuviera en cuenta los gustos de la cigüeña. En lugar de eso, el zorro se limitó a preparar una bazofia que se sirvió en la mesa en una simple bandeja, sin ni siquiera una rebanada de pan para disfrutar mejor del plato principal, ni bebidas para refrescarse. La cigüeña, aunque hambrienta y deseosa de probar las dotes culinarias de su amigo el zorro, no consiguió en modo alguno probar la sopa; los picos de estas aves, como es bien sabido, son largos y estrechos, por lo que intentar probar el caldo resultó una tarea imposible. El astuto zorro, viendo a su invitado en dificultades, se limitó a terminar su ración tranquilamente; luego, rozó con avidez también el plato de la cigüeña, haciendo comentarios irónicos sobre la falta de apetito del pobre pájaro, que regresó a casa con más hambre que antes y muy dolido y humillado por el comportamiento de su amigo.

Tras reflexionar unos días sobre lo ocurrido, la cigüeña decidió invitar a cenar a su amigo el zorro. Antes de la velada, hizo todo lo posible por preparar la más cálida bienvenida y evitar que el zorro se sintiera incómodo. Consultó a sus amigos para saber qué comida le gustaba y le aconsejaron que preparara un guiso de pollo con guarnición de patatas asadas.

El día de la cena, el zorro llegó a casa de su amiga y encontró la mesa puesta con todo lo bueno: el plato principal estaba en el centro de la mesa, servido en una bonita bandeja de plata, y emanaba un agradable aroma a comida bien cocinada.

El zorro, sorprendido por aquel recibimiento, dijo a la anfitriona:

-¡Cuánto habrás trabajado para preparar semejante manjar!

Ante su asombro, la cigüeña replicó:

-Verás, querida amiga, me dolió tanto la forma en que me recibiste en tu casa que me esforcé al máximo para que tú no tuvieras que experimentar el mismo dolor que yo.

Al darse cuenta de que su comportamiento había herido profundamente a su amiga la cigüeña, el zorro se disculpó y prometió prestar más atención a los sentimientos y necesidades de los demás.

Cuántas veces nuestro egoísmo nos impide ver a los demás y sus necesidades, arriesgándonos a herirles y perjudicarles, por culpa de nuestra despreocupación. Esta fábula nos enseña que no hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti.



“El zorro y las uvas”

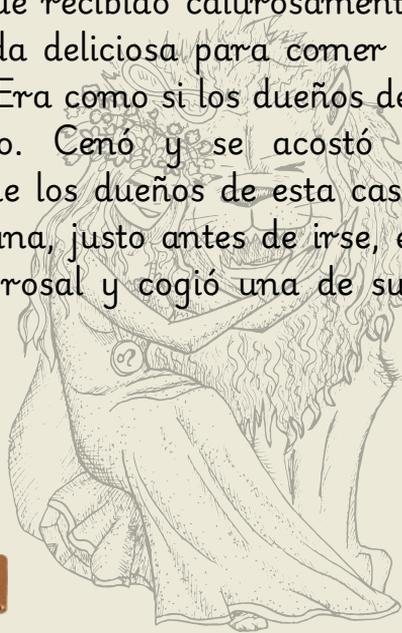
Érase una vez un zorro hambriento que vagaba por los campos en busca de comida cuando, en un momento dado, vio unos grandes y hermosos racimos de uvas colgando de un cenador. Decidió que serían su comida, pero por más que intentó alcanzarlos saltando, no pudo cogerlos. El zorro se preguntó entonces: “¿Qué hago? ¿Me voy a buscar comida a otro campo o espero a que pase alguien que pueda ayudarme?”. Pero cansado de saltar y viendo que no venía nadie, decidió ir a buscar comida a otro sitio. Después de todo, había intentado una y otra vez conseguir uvas, pero no lo había conseguido: tenía que darse por vencid. “Tal vez”- pensó para sí- “sea porque aún soy un cachorro. Cuando crezca, aprenderé a saltar más alto...” En realidad, sabía muy bien que no era la primera vez que fracasaba y que no sería la última: estaba seguro de que, en cualquier caso, rendirse no serviría de nada. Por mucho que deseara aquellas uvas, sabía, gracias a la experiencia y a su instinto, que había que encontrar algo de comer, y renunciar a aquellas hermosas uvas era lo correcto. “Por allí hay un pueblo”- pensó- “iré a ver si encuentro algo fuera de una tienda”.



“La Bella y la Bestia”

Había una vez un comerciante que había perdido toda su fortuna. Por muchas tribulaciones que hubiera tenido que afrontar, siempre se mantuvo muy honesto y bondadoso. Un día, tuvo que emprender un largo viaje y preguntó a sus hijas qué deseaban recibir como regalo a su regreso. Sus dos hijas mayores, acostumbradas al lujo, pidieron joyas y vestidos finos, sin tener en cuenta la situación financiera de su padre. Bella, la más pequeña y siempre modesta y cariñosa, dijo: "Padre, sólo te pido una cosa: tráeme una rosa con pétalos rojos".

En su camino de regreso a su pueblo, el comerciante atravesó un denso bosque. Estaba oscuro y buscaba un lugar para dormir. Cuando, de repente, vio un majestuoso castillo y se dirigió hacia él. Al acercarse, la puerta se abrió sola y, al no escuchar ninguna respuesta, entró en el castillo. Dentro, fue recibido calurosamente en silencio y paz: había comida deliciosa para comer y una cama suave esperándolo. Era como si los dueños del castillo estuvieran cuidándolo. Cenó y se acostó a dormir, pensando: "Seguro que los dueños de esta casa vendrán pronto". Por la mañana, justo antes de irse, el mercader vio un maravilloso rosal y cogió una de sus flores para Bella.



En ese instante, una enorme Bestia, aterradora pero elegantemente vestida, saltó de detrás del arbusto:

-A ti, yo te alimenté y te acogí en mi casa, ¡y ahora me robas mis rosas!-rugió la Bestia.

El mercader, avergonzado y asustado, tembló y expresó sus disculpas. La Bestia había decidido perdonarlo, pero tuvo que prometerle que enviaría a una de sus hijas al castillo. El mercader consintió y regresó a casa, sintiéndose muy amargado por dentro. Les contó a sus hijas sobre la Bestia y la promesa que había hecho, que selló el destino de la Bestia:

-Esto no habría sucedido si solo pidieras un regalo de ropa o joyas- dijeron sus hermanas.

Sintiéndose culpable, Bella decidió enfrentarse a su padre en el castillo. Una vez allí, la Bestia La Bestia la trató con gran amabilidad a pesar de su apariencia aterradora. Ella pudo disfrutar de las vastas bibliotecas del castillo y pasear por hermosos jardines llenos de inspiración natural. Por las noches, se reunían y discutían temas muy importantes: cómo cada uno puede cambiar el mundo, cómo trabajar en equipo y ayudarse mutuamente. Un día, la Bestia le reveló a Bella cómo el castillo había sido una vez una gran comunidad en un momento de calamidad. De mutuo acuerdo, vivieron en armonía hasta que su gente sufrió una calamidad, después de lo cual siempre se mantendrían alejados unos de otros; pero como vivían solos, vivían con miedo y en una gran pérdida. Por lo tanto, la Bestia, que solía ser un príncipe benévolo, quedó atrapado en el egoísmo y el aislamiento de los suyos.



-¿Qué pasó con la gente?- preguntó Bella.

-Perdieron su sentido de comunidad- observó la Bestia con pesar- Por lo tanto, ellos también fueron maldecidos. Habían perdido el interés el uno en el otro. Tanto la tierra como la gente están malditas.

Comprendiendo que la situación de la Bestia era similar a la de una sociedad dividida, Bella concluyó que reparar la comunidad en su conjunto, en lugar de centrarse simplemente en su amor por la Bestia, era la clave para levantar la maldición.

Bella y la Bestia colaboraron para recuperar el espíritu de comunidad del castillo. Como criaturas sobrenaturales confinadas en el castillo, instó a los sirvientes a contar historias de cooperación y generosidad. Poco a poco los unió y les enseñó a trabajar juntos.

La Bestia comenzó a sentir compasión por los invitados y los sirvientes. Extendió hospitalidad y cuidado a los residentes de las aldeas vecinas, invitándolos a participar de la riqueza del castillo. El castillo eventualmente llegó a representar la inclusión social y la solidaridad. Bella descubrió un día que su padre estaba gravemente enfermo. Pidió permiso para acercarse a la Bestia. La Bestia le ofreció un espejo mágico después de reconocer sus emociones y demostrar empatía diciendo:

-Puedes ver a tu familia cuando te miras en el espejo. Nunca estarás sola.

Bella regresó a casa y, con su ayuda, su padre se curó rápidamente. Sin embargo, se olvidó de la Bestia y del castillo porque se quedó más tiempo del que había prometido. Una noche tuvo una horrible pesadilla en la que vio a la Bestia en muy mal estado. Bella se apresuró a regresar al castillo después de darse cuenta de que sus sentimientos por la Bestia se habían vuelto más fuertes.

Vio a la Bestia, frágil y enferma, cuando llegó al castillo. Se acercó a él y le dijo:

-Me quedaré contigo para siempre, a pesar de tu apariencia.

La Bestia se transformó en un príncipe y pronunció estas palabras:

-El amor verdadero es lo único que podría levantar la maldición bajo la que he estado durante tanto tiempo. Sin embargo, el amor no era suficiente por sí solo. Pude superar mi soledad a través de la unidad, la amabilidad y la comunidad, la inclusión social. Rompimos la maldición juntos.

Después de casarse y tomar el poder, el príncipe y Bella establecieron una sociedad en la que todos eran respetados independientemente de su origen o apariencia. Comenzaron a construir un reino inclusivo donde aprendieron a cooperar en beneficio de todos y ayudaron a los necesitados. Personas de todos los ámbitos de la vida vinieron al castillo para aprender sobre ciudadanía activa, compasión e inclusión social.

Como resultado, su historia se convirtió no solo en una de amor, sino también en una de sanación comunitaria, el valor de la ciudadanía activa y la fuerza de la inclusión social.

“La chica del Mar”

La chica de la playa

En un pequeño pueblo costero, donde las casas parecían estar siempre junto al mar, vivía Marta, una chica de 16 años llena de curiosidad por el mundo, pero también con un profundo sentimiento de soledad. A Marta le encantaba la playa, donde pasaba horas mirando las olas y recogiendo conchas. Allí se sentía como en casa, pero al mismo tiempo algo parecía faltar en su vida.

Un día, tras una violenta tormenta, Marta encontró algo extraño en la arena: un trozo de plástico envuelto en algas. Mientras lo sostenía, oyó un movimiento en el agua. Era una niña, más o menos de su edad, con unos ojos tan claros como el mar. La niña la llamó, pero su voz parecía provenir de las propias olas.

- Ayúdame- Marta acudió rápidamente. -Mi casa está desapareciendo -dijo Marina.

Marta estaba confusa:

-¿Qué quieres decir? ¿Dónde vives?

Marina señaló el mar. “Aquí. Pero la basura, los barcos y la contaminación lo están destruyendo todo. Si no hacéis algo, no podré quedarme».

Intrigada y un poco asustada, Marta se llevó a Marina a casa. Durante días, su nueva amiga le enseñó cosas en las que nunca se había fijado: bolsas de plástico atrapadas entre las rocas, redes abandonadas que ahogaban a los peces, botellas flotando en las olas. Marta empezó a ver la playa -y el mar- con nuevos ojos.

Marina le dijo que el mar se estaba muriendo y que necesitaba ayuda. Marta sabía que no podía ignorarlo. No bastaba con recoger la basura; tenía que hacer algo más. Empezó creando un grupo en la escuela para limpiar la playa. Habló con los pescadores locales sobre alternativas a las redes desechables. Organizó campañas de concienciación en las redes sociales e incluso convenció al ayuntamiento para que pusiera contenedores de reciclaje en el pueblo.

Cada día que pasaba, Marta se sentía más fuerte y capaz. La gente empezó a escucharla. El pueblo, que antes parecía indiferente, empezó a cambiar. Los niños participaban en la limpieza de las playas. Los veraneantes traían menos plástico. Los pescadores empezaron a adoptar prácticas más sostenibles.

Marina, mientras tanto, parecía cada vez más feliz. Sus visitas se hicieron menos frecuentes, pero cada vez que Marta miraba al horizonte, sentía que estaba allí, sonriente y agradecida.

Un día, Marina apareció por última vez:

- Gracias, Marta. No sólo por lo que has hecho por mí, sino por todo. El mar vuelve a respirar y tú has enseñado a tu comunidad a cuidarlo.

Marta se sintió emocionada, pero también decidida. Sabía que el trabajo no había terminado, pero ya no estaba sola. Su pueblo creía ahora en el poder del cambio. Y gracias a Marina, Marta descubrió que ser un ciudadano activo es mucho más que ver los problemas: es ser parte de la solución.



“La cigüeña y la zorra”

La terquedad no compensa...

No bastaba con soportar el frío, el viento y la falta de alimentos, ¡también era Navidad! La Sra. Zorra y la Sra. Cigüeña, con su larga vida, sus pocos amigos y su nula familia, vivían aisladas del mundo. Testarudas y gruñonas, pasaban todas las Nochebuenas solas...

Pero este año sería diferente.

La Sra. Zorra invitó a la Sra. Cigüeña a cenar en Nochebuena, y la Sra. Cigüeña invitó a la Sra. Zorra a comer el día de Navidad. Sin embargo, esto no fue idea suya... Fue una suerte de desafío planteado por la Sra. Lechuza, un alma vieja y sabia. Cansada de ver a sus amigas solas por pura terquedad, había compartido un pequeño consejo durante una reunión en el bosque: Nadie debería estar solo en Nochebuena ni en Navidad. Es más, ¡debían preparar una comida estupenda para su vecino!

Y así, las dos viejas gruñonas cayeron en la trampa.

Los problemas empezaron la noche de la cena, cuando la señora Cigüeña decidió servir la comida en jarras de porcelana fina de cuello estrecho, alegando que era su mejor vajilla y que se adaptaba perfectamente a la noche festiva. Por supuesto, La Sra. Zorra no pudo comer nada, ya que su hocico le impedía alcanzar la comida del interior de los jarrones.

Al día siguiente, durante la comida, La Sra. Zorra -que ya había preparado su plan- no perdió la oportunidad de una pequeña venganza.

Estaban en medio de esta ridícula rivalidad cuando llegó la señora Lechuza con una deliciosa bolsa de los mejores manjares del bosque, sencillamente envueltos en papel de estraza.

Las tres disfrutaron del inesperado manjar y pronto se dieron cuenta de lo ridículas que habían sido, dejando que sus diferencias físicas dictaran sus acciones. En realidad, era mucho más lo que las unía que lo que las separaba. Como la Sra. Lechuza sabiamente comentó:

-Lo que importa no es el envoltorio, sino el contenido... ¡y la amistad!

“La historia del pseudo-gigante”

Jim Button y Luke, el maquinista, emprendieron un largo viaje y finalmente se encontraron en un desierto. De repente, Jim vio algo a lo lejos. “¡Allí!”, solo pudo susurrar. Luke se dio la vuelta. Lo que vio superó todo lo que había visto jamás.

En el horizonte se alzaba un gigante de un tamaño tan enorme que incluso las montañas altísimas que tenía a su lado parecían pequeñas colinas.

—“¡Oh!”—jadeó Jim—¡Eso no es un espejismo, no es un fata..., fata...! ¡Rápido, vámonos, Luke! ¡Tal vez no nos haya visto todavía!

Luke también se sintió incómodo, pero en lugar de dejar que el miedo lo abrumara, sugirió que respiraran profundamente. Los dos decidieron afrontar la situación, sin importar lo que les aguardara.

—Mantengamos la calma— dijo Luke. Observó al gigante de cerca.—Creo que, aparte de su tamaño, el gigante parece bastante amigable.

—“¡¿Q-q-qué?!” tartamudeó Jim horrorizado.

—Bueno —respondió Luke—, el hecho de que sea grande no significa que sea un monstruo, ¿verdad? Ya hemos enfrentado muchos desafíos antes, Jim. Podemos enfrentarnos a este también. —Su voz era firme, llena de confianza en la fuerza que compartían.

Mientras seguían observando al gigante, sintieron que su miedo crecía. Pero se recordaron las muchas situaciones difíciles que ya habían superado.

El gigante extendió la mano, pero la dejó caer sin remedio y un profundo suspiro le llenó el pecho. De repente, el gigante levantó ambas manos, las juntó, cayó de rodillas y gritó con voz débil y lastimera:

-¡Por favor, por favor, extraños, no huyan! ¡No les haré daño!". Jim observó con horror cómo Luke se quitaba educadamente la gorra y agitaba el pañuelo. ¡Ahora sí que se produciría el desastre! El gigante se levantó lentamente. Parecía inseguro y confundido. Preguntó: «¿Eso significa que puedo acercarme?». «¡Sí, claro!», gritó Luke. Sabía que el mayor peligro a menudo es el miedo mismo, así que dejó de lado su propia incertidumbre y caminó hacia el gigante, saludando con decisión. Jim estaba paralizado por el miedo, su visión se nubló. En cualquier caso, no podía dejar que su amigo Luke se enfrentara solo a semejante peligro, así que corrieron tras él, aunque le temblaban las rodillas.

Cuando el gigante vio al hombre y al niño que le hacían señas, su triste rostro se iluminó. "¡Ah, amigos!", gritó con su voz tenue, "¡entonces iré ahora!". Empezó a moverse, avanzando a grandes zancadas hacia Luke y Jim.

Lo que sucedió a continuación fue bastante sorprendente. Con cada paso que daba, el gigante se hacía un poco más pequeño. Cuando estaba a unos cien metros de distancia, no parecía más alto que una torre de iglesia alta. Jim frunció el ceño.

-Eso es extraño, Luke. Se está haciendo más pequeño. Luke pensó:

-Parece que este gigante es solo aparentemente un gigante o un pseudo gigante. Quizás las cosas no siempre son lo que parecen a primera vista.

Después de otros cincuenta metros, no era más alto que una casa, y cuando llegó a los dos amigos, tenía la misma altura que Luke el maquinista; de hecho, ¡era incluso una cabeza más bajo!

El gigante extendió la mano con anhelo, pero la dejó caer sin remedio y un profundo suspiro le llenó el pecho. De repente, el gigante levantó ambas manos, las juntó, cayó de rodillas y gritó con una voz débil y lastimosa:

-¡Por favor, por favor, extraños, no huyan! ¡No les haré daño!

Jim observó con horror cómo Luke se quitaba educadamente la gorra y agitaba el pañuelo. ¡Ahora sí que se produciría el desastre! El gigante se levantó lentamente. Parecía inseguro y confundido. Preguntó:

-¿Eso significa que puedo acercarme?

-¡Sí, claro!-gritó Luke. Sabía que el mayor peligro a menudo es el miedo mismo, así que dejó de lado su propia incertidumbre y caminó hacia el gigante, saludando con decisión. Jim estaba paralizado por el miedo, con la vista borrosa. En cualquier caso, no podía dejar que su amigo Luke se enfrentara solo a semejante peligro, así que corrió tras él, aunque le temblaban las rodillas.

-Buenos días, soy el Sr. Tur Tur, y soy un gigante aparente. Cuanto más lejos estoy, más grande parezco. Y cuanto más me acerco, más se ve mi verdadero tamaño. En realidad, no soy diferente a ti.

-¿Quieres decir...- preguntó Luke- que en realidad no te haces más pequeño a medida que te acercas? ¿Y que en realidad no eres tan enorme cuando estás lejos, sólo lo parece?

-Exacto- dijo el señor Tur Tur- por eso soy un gigante aparentemente.

-Ves, Jim-dijo Luke-eso es exactamente lo que quería decir sobre el miedo.

Jim asintió, y en ese momento se dio cuenta de lo importante que era afrontar los retos con valentía y el corazón abierto.

El señor Tur les habló de su vida en soledad.

-La mayoría de la gente me tiene miedo- dijo con tristeza- Huyen antes incluso de tener la oportunidad de conocerme.

Jim miró al aparente gigante con simpatía.

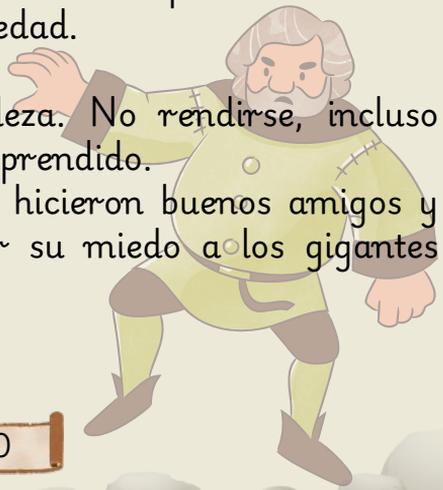
-Debe de ser duro para usted-dijo.

-Sí- respondió el señor Tur Tur.-No es fácil vivir en un mundo donde la gente te malinterpreta. Pero he aprendido a sobrellevar la soledad.

Luke asintió con admiración.

-Esa es la verdadera fortaleza. No rendirse, incluso cuando te sientes solo e incomprendido.

Jim, Luke y el señor Tur se hicieron buenos amigos y ayudaron a otros a superar su miedo a los gigantes aparentes.



“La liebre y el erizo”

Un domingo de otoño por la mañana, un erizo paseaba hacia un campo lleno de nabos cuando se encontró con una liebre. El erizo saludó cortésmente a la liebre, pero ésta se mostró muy arrogante y se burló de las cortas patas del erizo.

Al erizo, sin embargo, no le hicieron ninguna gracia las bromas sobre sus patas y retó a la liebre a una carrera. Hicieron una apuesta: quien llegara primero a la meta ganaría un festín. La liebre quería empezar inmediatamente, pero el erizo insistió en desayunar primero en casa y acordaron volver a verse en media hora.

En casa, el erizo le contó a su mujer la apuesta con la liebre y le pidió que le acompañara. La señora Erizo pensó que su marido había perdido la cabeza por aceptar correr con la liebre, pero le siguió.

Por el camino, el erizo le explicó su plan para ganar con su ayuda. Mientras él empezaba la carrera con la liebre, la Sra. Erizo esperaría en la línea de meta. Cuando la liebre se acercaba a la meta, ella gritaba: «Ya estoy aquí».

Entonces, la Sra. Erizo ocupó su puesto en la línea de meta mientras su marido iba al encuentro de la liebre.

Ya se había congregado una gran multitud para ver cómo se desarrollaba la carrera. Se hicieron apuestas y se prepararon muchos puestos para Animal Media.

La liebre contó hasta tres y salió corriendo lo más rápido que pudo. El erizo, sin embargo, sólo dio tres pasos antes de meterse en un surco del campo. Cuando la liebre llegó a la meta, corriendo a toda velocidad, la Sra. Erizo gritó como estaba previsto:

-¡Ya estoy aquí!

La liebre no reconoció el truco porque la Sra. Erizo era exactamente igual que su marido. En cambio, se enfadó por su derrota y exigió la revancha. Como un torbellino, corrió de vuelta al punto de partida. Pero cuando llegó, esta vez el propio erizo gritó:

-Ya estoy aquí.

Volvieron a correr y, una vez más, ocurrió lo mismo. Y de nuevo, la frustrada liebre exigió volver a correr.

Esto ocurrió 10 veces. Cada vez que la liebre llegaba a la meta, la Sra. Erizo gritaba: "¡Ya estoy aquí!". Y cuando volvía a la salida, el erizo gritaba: "¡Ya estoy aquí!".

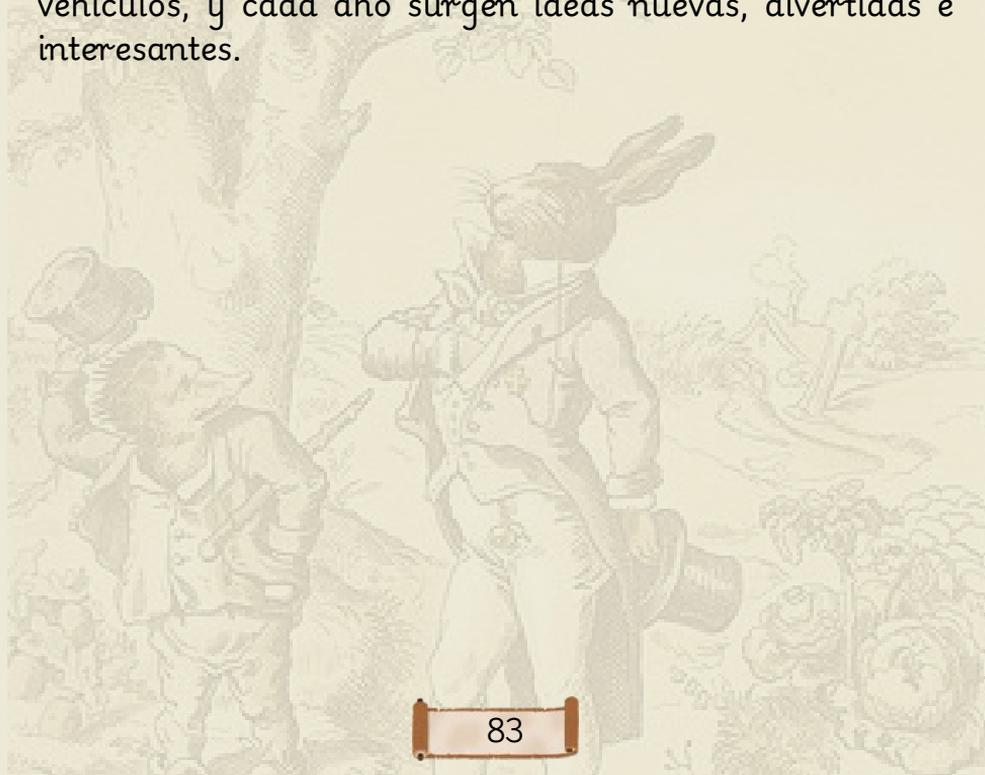
La multitud, formada por todos los animales de los campos y bosques, lo observaba todo. Algunos empezaron a darse cuenta del truco del erizo y exigieron una explicación. Cinco conejos bloquearon la meta y convocaron una reunión de animales.

El búho presidió la reunión. Los cuervos, que habían estado observando la carrera, dieron su testimonio. La liebre estaba indignada porque el erizo le había engañado.

Entonces la señora Erizo dio un paso adelante y dijo: «Sí, fue un truco furtivo. Pero a mi marido le molestó que la liebre se burlara de sus patas cortas. Eso hirió su orgullo, y quiso demostrarle a la liebre que aún se puede ganar, incluso con las patas cortas».

El búho habló: «Es injusto que en las competiciones gane siempre el que tenga más ventajas naturales, como las patas largas. A partir de ahora, celebremos una carrera anual con vehículos caseros. Todo el mundo puede participar. Los vehículos tendrán ruedas y serán construidos por equipos. El ganador se decidirá no sólo por la velocidad, sino también por la creatividad y la diversión. Y después, lo celebraremos todos juntos con una gran fiesta».

Desde entonces, se celebra la carrera anual. Con meses de antelación, todo el mundo empieza a construir sus vehículos, y cada año surgen ideas nuevas, divertidas e interesantes.



“*La liebre y la tortuga*”

Había una vez una liebre muy vanidosa, con su rapidez era capaz de llegar a cualquier sitio. La liebre pasaba todo el día alardeando de lo rápida que era con sus demás vecinos en el bosque. Uno de los habitantes del bosque, la tortuga, cansada de la presumida liebre la retó a una carrera. La liebre, riendo a carcajadas dijo:

-Qué graciosa eres tortuga, ¿de verdad crees que eres capaz de ganarme? Sin duda, eres el animal más lento de todo el bosque

-No me subestimes, liebre- dijo tranquilamente la tortuga.- Mi constancia y determinación son muy poderosas frente a tu bravuconería.

Todos los animales en el bosque, riendo al infravalorar a la tortuga, acudieron a ver la carrera.

El oso gritó:

-Preparados, listos, ¡YA!

Y comenzó la carrera. Como era de esperar, a los pocos segundos la liebre ya le sacaba gran ventaja a la tortuga, que avanzaba despacito pero con una determinación de hierro.

-¡Qué lenta y torpe es esta tortuga, cómo ha podido imaginar que podría ganarme!- dijo la liebre para sí misma- Tomaré una siesta bajo esa sombra y aún así ganaré.

La tortuga, no se detuvo ni un momento. Su paso lento y seguro la acercaba cada vez más a la meta. Sabía que su esfuerzo constante valdría la pena. Cuando la liebre despertó, agitada se dio cuenta de que la tortuga estaba a punto de cruzar la meta y por mucho que corrió no pudo alcanzarla.

La tortuga cruzó la meta y fue vitoreada por todos los animales del bosque, enseñándole una gran lección a la liebre: quizás no era la más rápida, pero si era más constante y resistente.



“La leyenda del cuento de hadas del Ombú de Argentina”

En el centro de Argentina, los miembros de una tribu indígena dependían del maíz para su alimentación. Pero ese año llegó una terrible sequía y las lluvias fallaron. La cosecha de maíz, tan importante para la supervivencia de la tribu, comenzó a marchitarse y morir. Los ancianos de la tribu se reunieron desesperados, incapaces de encontrar una solución. Pero entre los jóvenes de la tribu había una niña valiente llamada Inka. Ella siempre había cuidado del maíz y no se rendiría ante la desesperación. En lugar de esperar un milagro, les dijo que debían construir una serie de pequeños canales para llevar agua del río cercano a los campos de maíz. Como esto era algo en lo que los ancianos nunca habían pensado, se mostraron escépticos. Sin embargo, decidieron probar su plan. Trabajando duro en conjunto con su propia gente, Inka comenzó a canalizar el agua hacia los canales. Paso a paso, las plantas de maíz comenzaron a crecer fuertes y saludables nuevamente. La tribu se sorprendió de cómo cambiaron las cosas a través de la cooperación y la resolución de problemas.

Cuando la tribu regresó, el maíz estaba prosperando e Inka se erguía orgullosa entre su cosecha. Debido a su determinación y sabiduría, la gente decidió marcar el lugar donde se encontró la solución con algo especial: un árbol Ombu, un árbol majestuoso, se erguía allí ahora, un símbolo de que el pensamiento creativo, el trabajo en equipo y el compromiso pueden lograr resultados incluso en las situaciones más difíciles. De ahí en adelante, el árbol Ombu recordaría a la tribu que, cuando hay problemas, es la capacidad de reunirse y pensar de manera innovadora lo que tiene el potencial de brindar soluciones, incluso en las situaciones más extremas..

“La pequeña Tinny”

Había una vez una mujer que deseaba mucho tener un hijito, pero no lo conseguía. Por fin, acudió a un hada y le dijo: «Me gustaría tener un hijo pequeño; ¿puedes decirme dónde puedo encontrar uno?»

Ah, eso es muy fácil -respondió el hada-. Aquí tienes un grano de cebada distinto de los que crecen en los campos y se comen las gallinas; ponlo en una maceta y verás lo que pasa.

-Gracias- dijo la mujer, y le dio al hada doce chelines, que era el precio del grano de cebada. Fue a su casa y lo plantó, e inmediatamente creció una flor grande y hermosa, parecida a un tulipán, pero con las hojas bien cerradas, como si aún fuera un capullo.

Es una flor preciosa, dijo la mujer, y besó las hojas rojas y doradas, y mientras lo hacía la flor se abrió, y pudo ver que era un tulipán de verdad. Dentro de la flor, sobre los estambres de terciopelo verde, estaba sentada una doncellita muy delicada y graciosa. Era apenas la mitad de larga que un pulgar, y ella le dio el nombre de Pulgarcita, o Diminuta, por ser tan pequeña. Una cáscara de nuez, elegantemente pulida, le servía de cuna; su cama era de hojas de violeta azul, con una hoja de rosa como cubrecama.

Allí dormía por la noche, pero durante el día se entretenía en una mesa, donde la mujer había colocado un plato lleno de agua. Sobre él flotaba una gran hoja de tulipán, que servía a Tiny de barca. Allí se sentaba la doncella y remaba de un lado a otro con dos remos de crin blanca. Era un espectáculo muy bonito.

Una noche, mientras la niña dormía en la cáscara de nuez, una rana entró en la casa por el cristal roto de la ventana. En cuanto vio a Tiny murmuró: «Esta preciosa niña será una esposa ideal para mi hijo». Así que cogió la cáscara de nuez con Tiny, saltó al jardín y partió hacia el río donde vivía con su hijo, que era tan feo como ella.

«Quax, quax», dijo la joven rana, contenta de ver a la niña dentro de la cáscara de nuez. «No grites y la despiertes». Le regañó su madre. «La meteré en el nenúfar más lejano para que no pueda escapar». Cuando Tiny se despertó y vio dónde estaba, empezó a llorar. Y lo peor de todo es que en ese momento apareció una rana con su asquerosa ranita. «Este es mi hijo que pronto será tu marido. Vamos a preparar tu casa». Le dijo a la niña. Luego los dos se fueron y Tiny se quedó sola y desesperada. En ese momento una mariposa blanca fue y se paró en el nenúfar. Entonces Tiny encontró la oportunidad de escapar. Se quitó el cinturón y ató un extremo alrededor del cuerpo de la mariposa y el otro en el nenúfar. Entonces empezó a nadar velozmente por el río. En ese mismo momento, un gran babuino voló sobre ella.



Fascinado por su belleza, la agarró y la levantó. La mariposa atada con el cinturón siguió arrastrando al nenúfar. «¡Qué lástima!» exclamó Tiny. «Lo que más me entristece es que la pobre mariposa no podrá liberarse del nenúfar». Pero el babuino no pareció inmutarse. Dejó a Tiny en una rama del árbol donde vivía y se sentó a su lado.

Al poco rato llegaron otros babuinos que vivían allí. Las hembras, locas de celos, la miraban con desprecio. Algunas comentaron: «¡Mmmm tómatelo con calma hermosa!»

«Mira que no tiene antenas ni alas. No puede volar». Aunque el babuino seguía enamorado de la bella Tiny, pensó que no podría vivir con una mujer que era despreciada por todos sus congéneres. Así que la bajó del árbol y la dejó sobre una rosa.

La pobre Tiny pasó todo el verano en el bosque con el gorjeo de los pájaros como única compañía. Pero cuando llegó el otoño, todos los pájaros volaron a lugares más cálidos y Tiny se quedó sola al final, ¡congelándose de frío! Un día helado, se puso a buscar refugio. En un momento dado llegó a la casa de una rata. En cuanto vio a la pobre con tanto frío y hambre le dijo: «Puedes quedarte aquí en invierno. Te daré comida y a cambio limpiarás mi casa y me contarás cuentos». A Tiny le gustó mucho este arreglo y enseguida se puso a limpiar la casita. Esa misma noche el Sr. Topo fue invitado a cenar.

Después de la comida, Tiny empezó a contar bonitas historias con su voz ronca. En cuanto el topo la oyó, se enamoró de ella. Deseoso de volver a ver cuanto antes a aquella majestuosa criatura, la invitó a visitarlo para corresponder a su hospitalidad. Las visitas a la madriguera del topo se hicieron cada vez más frecuentes. Las dos casas se comunicaban entre sí a través de un largo y estrecho pasillo. Allí vio un día Tiny una golondrina sin vida. Entristecida, la acarició y la besó. Entonces el pajarillo volvió a la vida por el calor de su abrazo y su aliento caliente. Todas las noches de aquel frío invierno, Diminuto cuidó de la golondrina, llevándole comida caliente y mantas. Lo trató con tanto cariño y amor que, cuando llegó la primavera, el pajarillo quiso devolverle a Diminuta el bien que le había hecho. Así que le dijo: «Ven conmigo. Te llevaré a un lugar maravilloso donde serás verdaderamente feliz».

«No puedo. No quiero disgustar a la rata y al topo. Son tan buenos conmigo». Tiny contestó y la golondrina se despidió de ella y se fue volando. Llegó la primavera y llenó las llanuras de flores y fragancias. Un día que Tiny estaba tomando el sol fuera de la casita, la rata se acercó y le dijo: «Pequeña, el topo me pidió tu mano y pensé que sería un buen marido para ti. Ahora, en primavera y verano, cuando los días son largos, puedes hacer tus dotes. Cuando los tengas listos, celebraremos la boda». Tiny sonrió amablemente, pero por dentro se sentía fatal. No quería casarse con el topo en absoluto, pero obedeció y empezó a tejer y a coser sus dotes.

En cuanto llegó el otoño, la rata fijó la fecha de su boda. Diminuta, con lágrimas en los ojos, salió a despedirse del sol. En unos días no volvería a ver el sol, ya que viviría con su marido bajo tierra para siempre. Sin embargo, entre sus sollozos, oyó un sonido familiar:

«¡Basta, basta!» Era la golondrina. En cuanto vio llorar a su amiga, voló hacia ella y le preguntó: «¿Qué te pasa, Tiny, por qué estás triste?»

«Estoy triste, porque mañana me voy a casar con el topo y no volveré a ver la luz del día...».

«Entonces, ¿por qué no vienes conmigo?». Le ofreció la golondrina. «Se acerca el invierno y me iré a lugares más cálidos. Vamos». Tiny no tuvo que pensárselo. Inmediatamente aceptó la propuesta de su amigo y se subió a su lomo.

Viajaron durante días y días hasta que llegaron a un lugar donde el sol brillaba con fuerza. La golondrina voló hasta el hermoso bosque que había junto a un lago azul. Allí bajó y dejó a Tiny en el cáliz de una flor.

Entonces, ¡qué sorpresa! En el mismo lugar, un hombrecillo de piel clara como el cristal estaba cómodamente sentado, con una corona de oro en la cabeza. No era más grande que Tiny y a ella le pareció la criatura más hermosa en la que había puesto los ojos. Esta pequeña criatura era un principito. Pero él también estaba tan fascinado por Tiny que se enamoró de ella al instante. «Soy el príncipe de las flores», le dijo.

«¿Quieres ser mi esposa?». Al oír estas palabras, Tiny se pregunta si hay algo más en su vida que simplemente convertirse en reina. Al atardecer, mientras pasea por un prado resplandeciente, se encuentra con una antigua mariposa de alas brillantes. La mariposa le cuenta un secreto: ella no es sólo una pequeña humana, sino una niña de la tierra, con el poder de crecer cuando comprende realmente su propósito.

Curiosa, Diminuta decide volver con la amable mujer que una vez la cuidó. Con la ayuda de sus amigas las hadas, cabalga a lomos de la mariposa hasta llegar a su antiguo hogar. La mujer, ya mayor pero todavía amable, rompe a llorar de alegría al verla de nuevo.

Cuando Tiny entra en el jardín, siente que un calor se extiende por su cuerpo. Poco a poco, empieza a crecer, no demasiado, sino el tamaño justo para vivir cómodamente tanto en el mundo de los humanos como en el de las hadas. Las hadas le regalan semillas encantadas que ella planta, creando un hermoso jardín donde los animales perdidos y las criaturas necesitadas pueden encontrar refugio. Pájaros, ratones e incluso un escarabajo solitario encuentran un lugar seguro y aceptado.

En lugar de casarse, Tiny elige una vida de aventuras. Viaja por todo el mundo curando a pájaros heridos, ayudando a las flores a florecer en tierras yermas y enseñando bondad a todos los que se cruzan en su camino.

Y así, Tiny deja de ser una niña pequeña que anhela un hogar para convertirse en una leyenda, una guardiana de la naturaleza y una amiga de todos los seres vivos.

“La princesa que se convirtió en almendro”

Érase una vez una princesa llamada Filis que se enamoró de un joven de Atenas, Demofonte, hijo del héroe Teseo. Los dos jóvenes se conocieron cuando el barco del joven Demofonte regresaba de Troya. Se casaron, pero al cabo de un tiempo el joven ateniense enfermó porque echaba de menos su ciudad natal. La enamorada princesa, incapaz de verlo triste, lo dejó regresar creyendo que si realmente la amaba volvería y entonces sería verdaderamente suyo.

Así sucedió y la enamorada Filis se quedó sola esperando a su elegido. Demofonte se quedó un tiempo en su ciudad natal pero su pensamiento estaba en su encantadora princesa. Un día decidió plantar un almendro en su jardín y prometió a los dioses del Olimpo que cuando floreciera, estaría con su esposa. Y así lo hizo. Volvió a buscar a su esposa para agradecerle su devoción y el respeto que mostraba por sus necesidades. Le propuso visitar juntos su ciudad natal. Ella se alegró mucho de que su amado esposo regresara y, sin pensárselo dos veces, le siguió a su ciudad natal. Cuando llegaron a Atenas, el almendro floreció. La joven pareja vivió feliz y plantó muchos almendros para recordar que el respeto y el reconocimiento de las necesidades de las personas es un principio que nunca deben olvidar.



“La princesa y el guisante”

El joven y la llave

Habiendo perdido la esperanza de encontrar a alguien con quien pasar su vida y formar una familia, la joven Gabriela, cansada de viajar por todos los reinos, decidió volver a casa. Su padre, encantado de volver a verla tras meses de ausencia, notó enseguida la tristeza y la decepción en sus ojos. La consoló lo mejor que pudo, asegurándole que el amor suele aparecer donde menos lo esperamos, no en los jóvenes que ella había buscado incansablemente por todos los rincones del mundo.

Un día soleado, mientras Gabriela estaba en el jardín leyendo, completamente absorta en la historia que se desarrollaba, pasó un joven con aspecto algo perdido y la llamó:

- "Disculpe... Buenas tardes... ¿Podría ayudarme? Busco la casa del señor Martins. De pequeño vivía por aquí y me encantaría volver a verlo...».

La casa que buscaba era la suya. Pero, ¿quién era ese desconocido? Gabriela no iba a dar la dirección de su padre tan fácilmente.

- "Necesito saber quién eres antes de darte ninguna información..."



“- “Si pudiera entrar y explicarme... He viajado mucho y... estoy cansado y... hambriento” -admitió, ruborizándose.

Gabriela aceptó y hablaron hasta el anochecer. Descubrieron que habían crecido juntos hasta los seis años y que compartían gustos y manías similares. ¿Pero podía ser verdad? ¿Era ese joven en realidad Gabriel, el hijo de los cuidadores que una vez habían vivido allí?

Su padre había salido de caza y no volvería hasta la mañana siguiente... Así que a Gabriela se le ocurrió una idea.

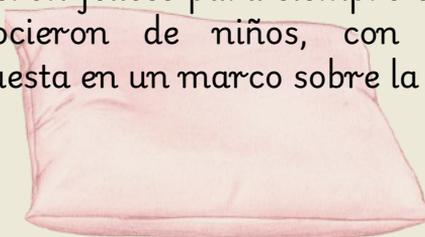
A última hora de la noche, Gabriela preparó la habitación de invitados y se la ofreció al joven (des)conocido. Debajo de la almohada, colocó una llave. Si Gabriel era quien decía ser, sabría qué abría la llave.

A la mañana siguiente, Gabriela encontró un cofre en la cocina. Un baúl viejo, lleno de tesoros de la infancia, que no tienen precio para un niño de seis años, pero que son mera basura para los adultos.

- “En cuanto vi la llave, me acordé de nuestro cofre secreto... escondido en el granero...”.

Gabriela estaba rebosante de alegría: ¡había encontrado al amor de su vida!

Vivieron felices para siempre en la misma casa donde se conocieron de niños, con la llave orgullosamente expuesta en un marco sobre la chimenea del salón.



“La reina y la sal”

Érase una vez un gran rey que tenía tres hijos y los quería mucho. Un día decidió ver cuánto le querían ellos también. Así que llamó a cada uno y le preguntó cuánto le quería. «Te quiero tanto como al oro y las joyas», dijo el primer hijo, y el rey se puso muy contento.

«Te amo tanto como amo el dinero», dijo el segundo hijo, y de nuevo el rey se sintió muy complacido.

«Te quiero tanto como a la sal», dijo el tercer hijo. Entonces el rey se enfadó mucho y quiso expulsar al tercer hijo de palacio.

Todos los hermanos querían unidad y amor en su familia y decidieron demostrar a su padre que la sal también es importante como el dinero y el oro. Así que al día siguiente prepararon tres comidas diferentes, una de cada hijo e invitaron a su hijo a probarlas y elegir la mejor comida. En la mesa había todo tipo de comida, pero la que prepararon los dos hermanos no tenía sal. Cuando todos se sentaron a la mesa, le dijeron a su padre que probara las comidas que habían preparado. El padre cogió el tenedor y empezó a comer de la comida que había preparado el primer hijo. Pero con los primeros tenedores se quejó de que la comida no tenía nada de sal. Luego probó la comida que había preparado el segundo hijo. Los hermanos se miraron el uno al otro. El primer hijo le dijo: «Padre, ¿por qué estás tan triste porque no puedes comer tu comida sin sal?»



El viejo rey, probó la tercera comida y quedó abrumado por el delicioso sabor que tenía. En ese momento, se dio cuenta de su error y abrazó a todos sus hijos.

A veces las palabras se utilizan de forma que no muestran el significado y la importancia de las emociones. En esta historia se comparaba el amor con la sal. Un valor tan importante que el padre consideraba insignificante al compararlo con la sal.

Pero cuando la reina (el padre) se dio cuenta de la importancia de la sal en el sabor, también se dio cuenta de la importancia y el valor del amor que su hijo intentaba expresar.



“La rebelión del Zanj”

En el año 869, en una época en la que prevalecía la esclavitud, el pueblo Zanj, que representaba a los esclavos procedentes de África oriental y por eso se los denominaba con el término árabe Zanj, se encontraba entre los que se alzaron contra la autoridad oficial del califato abasí. Inspirados por elevados ideales de justicia e igualdad, se cruzaron con un revolucionario árabe, Ali bin Muhammad, que no solo trajo consigo un deseo general de ser libre, sino también ideas sobre la decisión de uno mismo y la emisión del voto para la autoridad gobernante. En lugar de llevar a cabo incursiones militares clandestinas en tierras comunitarias asentadas, ataques a palacios árabes o emboscadas abismales, poco a poco los rebeldes comenzaron a involucrarse activamente en las localidades y a planificar sus acciones con la aprobación de todas las partes implicadas. Eligieron sus propios órganos representativos en los que cada esclavo, cada beduino y cada siervo tenía derecho a votar; eran miembros genuinos de la reunión. Estas reuniones siguieron convirtiéndose progresivamente en espacios para debatir cómo cambiar el sistema y establecer una sociedad más justa. Con el tiempo, la revuelta se convirtió en una campaña a gran escala que alcanzó ciudades y asentamientos enteros, poblados en gran parte por lugareños resistentes. Confiados en ello, se apoderaron de suministros y liberaron esclavos, creando sus propias estructuras sociales basadas en la soberanía popular

En lugar de las campañas militares tradicionales, intentaron crear comunidades democráticas fuertes, basadas en la ayuda mutua y en un papel para todos, incluidos los esclavos. Con la suposición de que superarían los 500.000 combatientes, establecieron su propio parlamento, en el que cada uno exponía sus intereses y propuestas. Este nuevo régimen se resistió al califato abasí y también aumentó un futuro aún más brillante en el que nadie perdería su voz. Con ese fin, establecieron ciudades autónomas y formaron un ejército para luchar por los principios de democracia, igualdad y justicia.

En lugar de utilizar la violencia para reprimir la disidencia, los rebeldes entablaron negociaciones pacíficas con el califato abasí. Anunciaron su acuerdo con la paz sobre parámetros de igualdad y cooperación, lo que significa que cualquier persona debería tener derecho a participar en el gobierno. Los zanjs se ofrecieron a establecer un sistema de gobierno en el que sus derechos como personas y los de todos los residentes fueran parte integral del mismo. Esta propuesta sorprendió a los líderes del Califato.

Sin embargo, después de largas negociaciones, en lugar de poner fin a la rebelión utilizando al ejército abasí, se llegó a un acuerdo histórico. El Califato aceptó permitir que los zanjy y sus aliados representaran la autoridad en el gobierno en lo que respecta a las regiones que controlaban. Muchos de los zanjy adultos obtuvieron permiso para servir en los gobiernos locales y en los mandos del ejército. Se convirtieron en ciudadanos completos, y su lucha por la igualdad se convirtió en una especie de ejemplo de cómo la democracia puede reemplazar a la opresión.

Aunque al final de la última batalla Ali bin Muhammad fue asesinado, el legado de su pensamiento sobrevivió a través de las nuevas instituciones democráticas creadas por los rebeldes. Estos cambios formaron la base para el nuevo marco político donde la propiedad del poder provenía del pueblo y todos tenían derecho a participar en el gobierno.

“La sospecha”

Érase una vez un leñador que descubrió que día tras día que su hacha era utilizada por otra persona. Las primeras semanas aparecía con la hoja más desgastada y en la empuñadura se notaba cada vez más una mano en el mango que no era la suya. Todo esto le hacía sospechar cada vez más. Un día descubrió que su hacha había desaparecido. Con lágrimas en los ojos y un nudo en el estómago, se encontró con su vecino cerca de su casa. El vecino, siempre educado, le saludó con una sonrisa amable antes de entrar en su casa.

El leñador, muy apenado por la pérdida de su herramienta de trabajo, empezó a sospechar. Él mismo se preguntaba: ¿sería mi vecino el responsable del robo de su hacha? Cada encuentro, es decir, cada gesto, cada palabra de su vecino aumentaba todas las expectativas del leñador de haber encontrado al culpable. Sin embargo, mientras continuaba con sus pensamientos, se dio cuenta de que sus pasos le habían conducido de nuevo al bosque donde había estado trabajando la noche anterior. No podía explicarse toda la situación, pero su intuición le llevó hasta allí.

De repente, tropezó y cayó al suelo. En ese momento, cuando levantó la vista, allí estaba: su hacha. El leñador regresó a casa con su herramienta en la mano, sintiendo el peso del arrepentimiento por sus sospechas infundadas.

Lo que acababa de ocurrir no tenía explicación. Cuando volvió a ver a su vecino, se dio cuenta de que su expresión, sus andares y su forma de hablar eran los mismos de siempre. Su malicia le había jugado una mala pasada y en esta situación «ajena» necesitaba de alguna manera encontrar un culpable.

Arrepentido, reflexionó y pidió perdón a su vecino por desconfiar de él. Después de este episodio, se hicieron amigos y continuaron viviendo juntos, apoyándose y aprendiendo el uno del otro.



“La Sopa de Piedra”

La caja vacía

Aquella tarde era especialmente gris y Zé, redactor de un gran periódico, estaba completamente bloqueado. Frente a su ordenador, miró el reloj y sintió que el tiempo pasaba volando. Faltaban tres horas para que tuviera que entregar a su jefe el manuscrito de seis páginas de su sección en la edición del sábado.

Miró a su alrededor y vio a sus compañeros tecleando furiosamente. Pensó en pedirles ayuda y se acercó poco a poco a cada uno de ellos.

Nada. Nadie le prestó atención ni le dio importancia. Y eso que era uno de los principales redactores de la revista de los sábados.

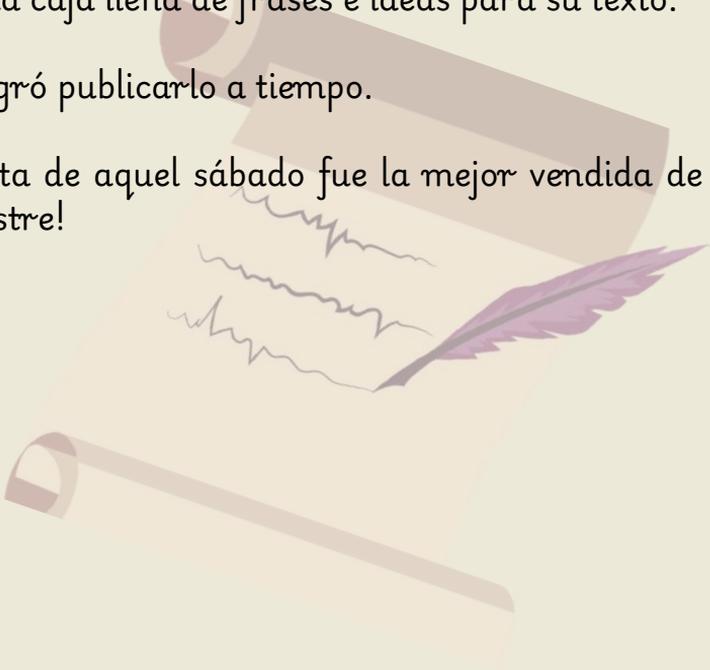
Entonces Zé tuvo una idea brillante. Cogió una caja de cartón vacía con tapa, la abrió y se acercó de nuevo a sus colegas diciendo:

- “Aquí están mis mejores ideas para la publicación del sábado. Si escribís una idea, una frase, un texto breve y lo ponéis dentro de esta caja, también lo incluiré en mi escrito y lo publicaré”.

La gente, curiosa por saber cómo iba a hacer Zé semejante proeza y añadir a sus ideas las frases de todos, hicieron lo que les decía. Al cabo de poco tiempo y de unas cuantas vueltas por las oficinas de la editorial, Zé tenía una caja llena de frases e ideas para su texto.

Y así, logró publicarlo a tiempo.

La revista de aquel sábado fue la mejor vendida de todo el trimestre!



"La vieja caja y la hermosa morisca"

La vieja caja y la colina encantada

En un pequeño valle, rodeado de verdes colinas, vivía Tomás, un chico de 15 años. Le encantaba explorar el mundo que le rodeaba, pero últimamente se sentía desanimado. La escuela parecía difícil, sus amigos estaban ocupados y en casa todo era rutina.

Un día, mientras caminaba por un sendero junto a la colina más alta de la región, tropezó con algo duro, medio enterrado en el suelo. Era una vieja caja de madera, desgastada por el tiempo, con extraños dibujos grabados en la tapa. Curioso, Tomás se la llevó a casa.

Al abrirla, encontró dentro una hoja de papel doblada. Al desplegarla, vio que ¡era un mapa! Había dibujada una ruta que cruzaba todo el valle y terminaba en lo alto de la colina. Junto al mapa, un mensaje decía:

"Sigue el camino y descubre tu propio reto".

Tomás sintió que el corazón se le aceleraba. Este era el tipo de aventura que necesitaba.

Al día siguiente, equipado con una mochila y el mapa, emprendió el camino. Pero pronto se dio cuenta de que el viaje no sería fácil.

El primer desafío llegó en un pequeño arroyo que tenía que cruzar. El puente estaba roto. Durante unos minutos se sintió frustrado y pensó en volver a casa. Pero entonces recordó que había visto grandes piedras más atrás. Volvió, las acercó al arroyo y construyó un paso improvisado. Sintió una enorme satisfacción cuando consiguió cruzarlo.

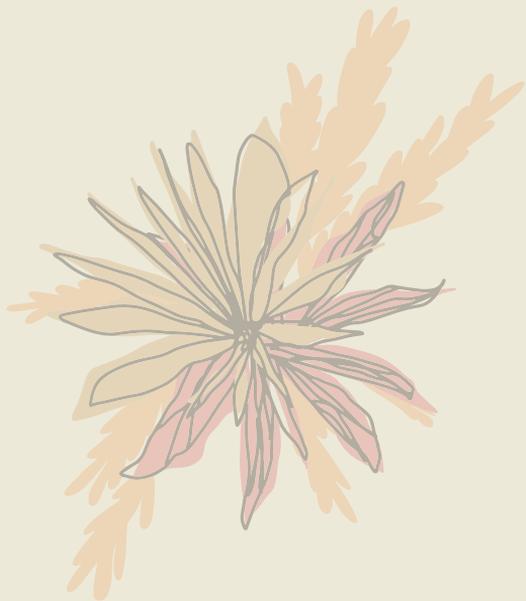
Más adelante, el camino se volvió confuso. Las marcas del mapa ya no coincidían con el camino que tenía delante. Se sentó, respiró hondo y analizó el terreno. Observó los árboles, el sol y el flujo del viento. Poco a poco, consiguió encontrar el camino correcto. El mapa le estaba enseñando a pensar por sí mismo.

La ruta continuó con más desafíos. Subir pendientes pronunciadas, evitar pequeños desprendimientos y, por último, enfrentarse a su miedo a las alturas al subir la parte final de la colina. Cada obstáculo parecía mayor que el anterior, pero Tomás los resolvía uno a uno, con paciencia y creatividad.

Cuando por fin llegó a la cima, quedó deslumbrado. La vista era magnífica: podía ver todo el valle, las casas, los campos y el horizonte a lo lejos. Pero en la cima había algo más: otro mensaje, grabado en una piedra.

"Los problemas no son más que retos disfrazados. La forma en que los resuelves define quién eres. Sigue desafiándote a ti mismo".

Tomás sintió un inmenso orgullo. Se dio cuenta de que el viaje no tenía que ver con el destino, sino con las lecciones que había aprendido por el camino. Volvió a casa diferente: más seguro de sí mismo, más consciente y preparado para afrontar los problemas de la vida con una nueva perspectiva.



“La zorra y el león”

Una mañana, un león, mientras rugía bostezando (acababa de despertarse de buen humor), vio a una zorra que venía en su dirección y, en cuanto reparó en su presencia, salió corriendo. El león se quedó atónito, preguntándose por qué había huido: ¿quizá uno de sus rugidos la había asustado? "Bueno, yo no he hecho nada"- pensó para sí. En cualquier caso, la zorra había huido y ya no podía preguntarle. Esperaba volver a encontrarla porque lamentaba aquella reacción, pero se dio cuenta de que el zorro sólo había seguido sus instintos ante el miedo.

Un par de días después, el león encontró al zorro frente a él, temblando como una hoja.

-¿Por qué tiembles como una hoja?"-le preguntó.



“ Los reflejos de Henriquetta ”

Los reflejos olvidados

Érase una vez un zoo abandonado donde vivían varios reflejos animales.

Estos animales, antes brillantes y felices, con su pelaje brillante y sus garras afiladas, ahora estaban tristes, grises, relegados al olvido del mundo.

Nadie en el mundo se acordaba de ellos. Sus nombres habían sido olvidados, sus características devaluadas. La tristeza de los animales era tal que ni ellos mismos recordaban quiénes eran, cuál era su identidad, su historia, su familia. Vivían en una duda constante, con la esperanza de volver a vivir días felices en aquel zoo.

Un día, el León Jefe del zoo decidió que no viviría más en aquella tristeza.

- No puedo seguir viviendo así - pensó el León Jefe - Tengo que encontrar una solución. Merezco ser feliz.

Su plan comenzó por reunir a todos los animales del zoo para encontrar una solución. Preparó un comunicado que decía:

El León Jefe de este zoo convoca a animales de todos los colores, formas, tamaños y culturas a una reunión a la hora de comer en el estanque del jardín. El tema principal será: ¿se busca la felicidad! Habrá tentempiés para los hambrientos.

El León, a pesar de ser el León Jefe, estaba muy nervioso. Nunca había hecho nada parecido. No sabía si podría organizar una reunión con tantos animales diferentes, ni cómo iba a convencerlos para encontrar una solución a la felicidad. El león líder preguntaba qué hacer mientras preparaba unos panecillos de hierbas que servirían de tentempié para la reunión. Se aprovisionó de tentempiés y se dirigió al estanque del jardín.. En cuanto llegó al pequeño estanque, vio su reflejo.

- Mira, ¡soy yo! - exclamó el León.

Su reflejo le recordó su valentía y su coraje, características dignas de un León Jefe. De su brillante melena y su atronador rugido, capaz de detener a toda una multitud. Mientras observaba su reflejo, se dijo a sí mismo: León Jefe, no dudes de ti mismo, ¡puedes hacerlo!

A la hora de comer, empezaron a llegar los animales. Algunos estaban visiblemente nerviosos, otros entusiasmados.

- Empecemos esta reunión, ¡aún tengo que echarme una siesta! - gritó Perezoso.

- ¡Y yo unos árboles que saltar! - dijo el Mono.

- Tened paciencia y escuchemos al León Jefe. - exclamó la Cebra.

El León estaba nervioso, pero se armó de valor para enfrentarse a la multitud.

- Amigos animales, nuestro zoo está abandonado. Nos han relegado al olvido. No os reconozco así, tristes y grises. Tenemos que recuperar nuestra alegría individual, recordar quiénes somos y tengo un plan.

Los animales estaban entusiasmados, habían comprendido la tarea y todos empezaron a gritar las características que veían.

- ¡Veo unos ojos grandes y brillantes! - exclamó el Búho.
- Me da un poco de pereza mirar.... ¡Veo ojos dormilones! - dijo el Perezoso.

Los animales se rieron y el león jefe se puso cada vez más nervioso. Quería controlar a la multitud, pero no sabía cómo, sin dejar escapar su aterrador rugido. El Mono, el más sabio de los animales, al ver a su amigo tan desesperado, decidió intervenir.

- Mis queridos amigos, estáis bien. Lo que decís que observáis son cosas que forman parte de vuestras características. Pero creo que nuestro amigo el León os ha hecho una propuesta más profunda. Quiere que digáis lo que veis en el fondo de vuestra alma.

- ¿Nuestra alma? - preguntó la Mariposa.

- Sí, de vuestra alma. - Yo, por ejemplo, miro mi reflejo y veo audacia, pero también cautela. Veo la sabiduría que implica saltar de árbol en árbol. Y reconozco mi inteligencia en comprenderte, pero también en mi capacidad para hacer trucos.

Los animales permanecieron en silencio. Se dieron cuenta de que lo que proponía el León Jefe era más profundo que una simple broma.

El Búho, aún pensativo, decidió arriesgarse: ¡Veo mi valentía al lanzarme en altos vuelos, mi velocidad y mi visión tan refinada que me permite ver a enemigos y amigos!

- Ya veo... ¡mi sociabilidad y afecto! - dijo la Cebra.

- ¡Tengo un corazón muy especial! Tengo sitio para todos vosotros, pero si me irritáis, ¡mi mordisco puede liberar mi ira! - dijo el Cocodrilo.

- Yo, en cambio, tengo muchos ojos y puedo ver lo que para vosotros es invisible. Tengo una intuición natural y estoy muy alerta ante el peligro. - dijo la Mariposa.

- ¿Y tú, Perezoso? - preguntó el León.

- ¿Yo? Soy demasiado perezoso para mirar mi reflejo...
En el fondo, ¡soy un perezoso!

Los animales se rieron y estuvieron de acuerdo. Ahora que todos podían ver sus reflejos, era el momento de comprender el plan del León.

- Y ahora, León, nos has hecho mirar en nuestro interior... pero ¿qué hacemos con todas estas características? - preguntó la Cebra.

- Ahora, queridos amigos, ¡tenemos que liberar estas características al mundo! Justo al lado de este zoo, hay una escuela para humanos diminutos. He estado observando sus rutinas y movimientos, y no siempre parecen felices. A menudo andan con la cabeza entre las piernas, escondidos y sin ganas de jugar. Me acordé de que.... ¡podríamos prestarles nuestros reflejos! Darles valentía cuando sea necesario, coraje en los días más duros, picardía para animar sus juegos o precaución en los momentos de peligro. Todos tenemos características diferentes. ¿Por qué no utilizarlas para ayudar a los que más lo necesitan?

Los animales se quedaron pensativos.

- Pero León, ¡soy un anciano! No tengo energía para los pequeños humanos. ¡No sé si soy capaz de llevar a cabo esta tarea! - se inquietó el Cocodrilo.

- También lo he pensado. No todos tenemos que ir a los humanos pequeños. También podemos ayudar a los grandes. Y ayudarles a ver los reflejos de los pequeños, y ayudar a los pequeños a ver los reflejos de los grandes.

Y el plan se puso en marcha. Los animales parecían estar de acuerdo con el plan del león de buscar la felicidad fuera de aquel zoo abandonado. Al fin y al cabo, ellos también merecían encontrar la felicidad.

- ¿Por dónde empezamos? - preguntó el Mono.

El León miró a todos aquellos animales y supo que los había convencido. Juntos, volverían a ser felices.

- Ahora tenemos que partir hacia lo desconocido y encontrar a la persona que más lo necesita y que dará vida a nuestro reflejo. Yo ya he encontrado a la mía. Henriqueta.

- ¿Henriqueta? - preguntó el Mono.

- Sí -continuó-, seré el reflejo de esta chica que parece llamarme, Henriqueta. Y juntos aprenderemos a vivir juntos.

Los animales partieron hacia lo desconocido en busca de alguien que pudiera dar vida a su reflejo. Porque así volverían a encontrar la felicidad.

“*Los músicos de la ciudad de Bremen*”

Érase una vez un burro que iba de camino a Bremen cuando vio a un perro que lloraba tirado al lado del camino. “¿Por qué lloras así?”, le preguntó el burro con empatía y el perro le respondió:

“Mi amo quería matarme porque soy demasiado viejo y ya no puedo ayudarlo en la caza. Por eso huí y ahora no sé a dónde ir...”

“¡Ven conmigo a Bremen! ¡Yo viví una experiencia similar, pero ahora voy a ser músico!”, le dijo el burro gris al perro.

“¡Eso suena genial!”, el perro saltó y siguió al burro.

Al poco tiempo, un gato siniestro estaba sentado al lado del camino y el burro le habló:

“¿Qué te impide hacerlo, buen gato peludo?”

“Como soy viejo e inútil, mi esposa quería ahogarme. Así que me escapé, pero ¿adónde se supone que debo ir ahora? -¡Ven con nosotros a Bremen! -sugirió alegremente el perro-. ¡Sentimos lo mismo y ahora vamos a formar una banda de jazz en Bremen! El gato se unió y comenzó a cantar una cancioncita de alivio.

Pronto pasaron por un corral. El gallo de la casa estaba sentado en la puerta y chillaba tan fuerte que los tres tuvieron que taparse los oídos. -¿Por qué chillas? -preguntó el burro.

-Mañana el granjero quiere comerme en la sopa. Tengo mucho miedo.

-Oh, querido- dijo el burro- ¡será mejor que te vengas a Bremen con nosotros! Vamos a ser músicos. Tienes una voz estupenda.

Al gallo le gustó la idea y continuaron su viaje juntos.

El perro le preguntó:

-¿Burro?

-Sí, ¿qué pasa?

-Estaba pensando en cómo será nuestra banda.

-Estupendo. ¿Y qué?

-He pensado que quizá Gato, Gallo y yo podríamos ser los cantantes.

-Me gusta- dijo el gato y el gallo asintió con la cabeza.

-Maravilloso- respondió el burro.

-Sí, pero... Si tú fueras el bajo...

-Exacto- se apresuró a decir el burro.

- Bueno- dijo el perro- Entonces falta la guitarra

El gato y el gallo comprendieron y añadieron nerviosos:

- ¡Y la batería! Y el saxofón.

-Y la trompeta.

-Tienes razón-refunfuñó el burro- Es una tontería. Parecía molesto y siguió trotando pensativo. Poco después, dijo:

-Busquemos un lugar donde pasar la noche. Ya está oscureciendo.

El burro y el perro se tumbaron bajo un gran árbol, el gato se subió a una rama y el gallo voló hasta la copa, desde donde podía ver a lo lejos. El ambiente era sombrío porque hacía frío y se estaba incómodo y porque todos pensaban en cómo podrían realizar aún el sueño de su banda.

Justo antes de dormirse, el gallo vio un rayo de luz y susurró a sus compañeros:

-Chicos, debe de haber una casa. Veo una luz

El burro respondió:

-Pues vamos allí. Aquí es muy difícil dormir'.

Poco después, se pararon frente a una casa de ladrones muy iluminada desde la que se oía una fuerte charla. El burro siguió adelante y se asomó por la ventana.

-¿Qué ves, gris?-preguntó el gallo.

-Una mesa preparada con buena comida y bebida, y a su alrededor unos ladrones burlones disfrutando.

-¡Mmmm! Eso sería algo para nosotros- dijo el gallo, y pensaron en cómo podrían ahuyentar a los ladrones.

Pronto tuvieron una idea. Asustarían tanto a los ladrones que huirían.

Así que el burro se puso con las patas delanteras en el alféizar de la ventana y el perro saltó sobre su lomo. El gato se subió al perro y el gallo voló sobre la cabeza del gato. A una señal, empezaron a hacer música muy fuerte. Inesperadamente ocurrió algo extraño: los ladrones se quedaron paralizados y miraron a la ventana. Pero no huyeron. En su lugar, una sonrisa se dibujó en sus caras, mostrando sus dientes de oro. Cogieron cuchillos y cucharas y los golpearon con fuerza contra la taza y la mesa.

Los cuatro animales se miraron sorprendidos y encantados al mismo tiempo, y siguieron cantando apasionadamente. Pronto los canallas bailaban sobre la mesa y zapateaban alrededor de ella acompasadamente. Uno de ellos incluso estaba sentado al piano, ¡y también había un saxofón y una guitarra!

Cuando por fin todos necesitaron un descanso, los ladrones les dieron una calurosa bienvenida y les ofrecieron comida y bebida. Mientras comían y bebían, planearon su futuro en común: formar una banda de jazz en Bremen. Después, todos buscaron un lugar acogedor para dormir. Cansados por los acontecimientos del día y alegres por sus planes conjuntos, no tardan en dormirse.



“*Los tres cerditos*”

Los tres lobos y el cerdo

Erasé una vez tres lobos que vivían en una preciosa isla. Hacía poco que se habían mudado de la casa de sus padres y vivían en una preciosa casa de madera.

En la misma isla, también había tres cerditos. Cada familia vivía en lados opuestos de la isla y apenas se cruzaban sus caminos. Pero un día ocurrió algo, y correspondía a uno de los hermanos cerdos resolver la situación.

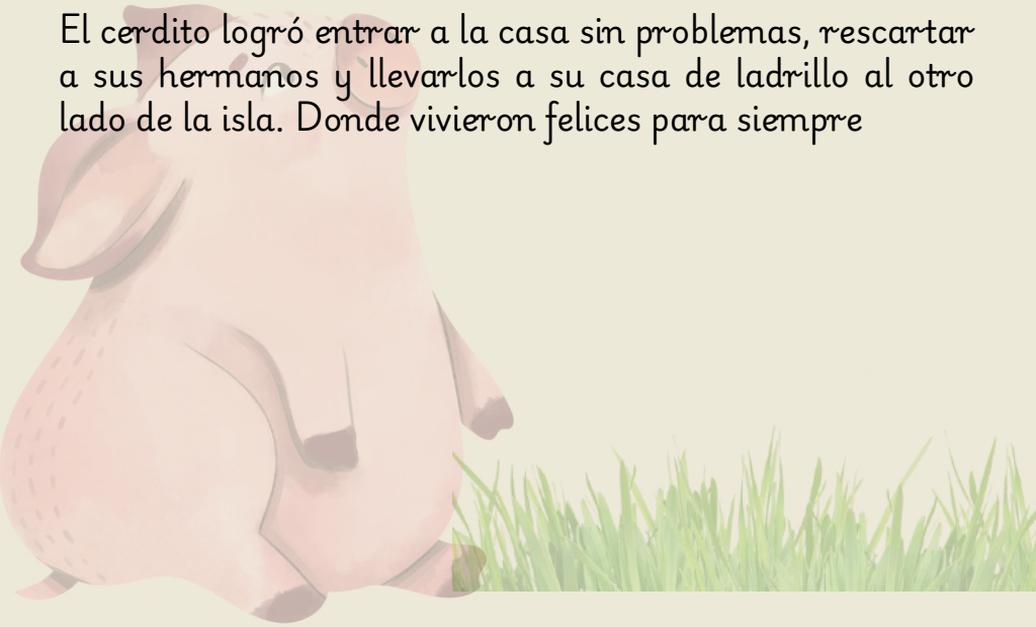
Durante mucho tiempo, el cerdo había planeado rescatar a sus hermanos, que habían sido capturados por los hermanos lobos. Como sus casas estaban hechas de paja y madera, los cerdos habían sido secuestrados por uno de los lobos, que ahora vivía junto a sus dos hermanos en la casa de madera. El cerdo que había logrado escapar, gracias a su casa de ladrillo, sabía que sus hermanos estaban encerrados en el sótano, casi siempre atrapados dentro de un arcón.

Una tarde, disfrazado de vendedor ambulante, el cerdo llamó a la puerta de los lobos, con una bolsita de manzanas para vender. Las manzanas olían tan bien que los lobos abrieron la puerta, cogieron la bolsa, y sin pensarlo dos veces, se comieron todas las manzanas.

Las manzanas eran tan jugosas que los lobos ni siquiera se dieron cuenta de que llevaban una alta dosis de somníferos.

En pocos minutos, se quedaron dormidos, casi desmayándose en el suelo de la cocina.

El cerdito logró entrar a la casa sin problemas, rescatar a sus hermanos y llevarlos a su casa de ladrillo al otro lado de la isla. Donde vivieron felices para siempre



“Pedro y el Lobo”

(Version Portuguesa)

Érase una vez un pastor llamado Pedro que vivía en un pequeño pueblo.

Pedro no estaba muy contento porque se había ganado el apodo de "Pedro el Mentiroso".

- ¡Ahí va Pedro el Mentiroso! - decía la gente cuando Pedro caminaba por la calle.

- Así que, mentiroso, ¿hoy qué será pescado o carne? Piénsalo bien, Pedro no mientas -le decía la señora del mercado cuando iba a comprar.

Pedro se había ganado ese apodo porque había mentido mucho en el pasado. El trabajo de Pedro era cuidar el rebaño del pueblo. Pedro se quedaba mirando el rebaño durante horas, aburrido. No hay que olvidar que Pedro era un joven que ansiaba divertirse.

- ¡Este trabajo es aburrido! - pensaba Pedro.

Así que, para mitigar su aburrimiento, Pedro decidió gastar bromas a los aldeanos. Y estas bromas consistían en mentiras. Pedro gritaba pidiendo ayuda y gritaba asustado, diciendo a los aldeanos que había un lobo suelto. Pedro repitió esta broma una y dos veces. A los aldeanos no les gustó nada la actitud de Pedro y le advirtieron que no mintiera.

A partir de entonces, Pedro pasó a ser conocido como "Pedro el mentiroso".

- Tu trabajo es cuidar del rebaño, ¡no ir por ahí diciendo mentiras! - le decía su madre.

- ¡Pero mi trabajo tan aburrido, mamá! Nunca pasa nada nuevo. Las ovejas siempre están bien, ¡seguro que ni siquiera hay lobos en la zona! ¡Eso sí que es una mentira bien contada! - replicó Pedro, lloriqueando.

- Pedro, cuidado con lo que dices. Los lobos existen, y son peligrosos para nuestras ovejas. Tenemos que protegerlas. Tu trabajo es muy importante. ¿Quién podría hacer este trabajo mejor que tú?

Al día siguiente, Pedro pensó en las palabras que le había dicho su madre.

- ¿Quién podría hacer este trabajo mejor que yo?

Y fue en ese momento de gran reflexión cuando Pedro tuvo una excelente idea. ¿Y si, además de él, todo el pueblo contribuyera a vigilar el rebaño?

- ¡Tengo una idea brillante! Pero necesito tu ayuda. -

Pedro le explicó a su madre que necesitaba que convocara una asamblea urgente de todos los aldeanos para explicarles su brillante idea.

- ¿Por qué no lo haces tú? - le preguntó su madre.

- Si la convoco yo, nadie me creerá. Pero todos confían en ti. Por favor, mamá, necesito que hagas esto por mí.

- ¡Más vale que sea una idea brillante! No quiero más mentiras. - aceptó su madre advirtiéndole.

Pedro le prometió que no se arrepentiría y su madre decidió convocar una asamblea urgente.

Al día siguiente, todos esperaban para oír la brillante idea. Cuando vieron a Pedro empezaron a gritar:

- ¡Mirad, aquí viene el Mentiroso!

- ¿Qué mentira vas a contar ahora?

- ¿He venido aquí a perder el tiempo escuchando a un Mentiroso?

Los aldeanos gritaban y se quejaban. Ante esta situación, Pedro se puso muy nervioso y quiso dejarlo todo.

- Mamá, me rindo, nadie quiere escucharme. Todos piensan que soy un mentiroso y nada más.

Su mamá lo abrazó con ternura, diciéndole:

- Amor mío, pensabas que tenías una idea brillante. Confía en ti mismo y lánzate a los lobos.

Pedro la miró confundido.

- ¿Qué lobos, mamá?

- ¡Es una forma de hablar! ¡Los lobos son todas esas personas que dudan de ti! Son como lobos, quieren comerte vivo. Pero tú no lo permitirás y presentarás tu brillante idea con orgullo. Si sale mal, estaré aquí para abrazarte.

Pedro se secó las lágrimas, sacó pecho y se dirigió a la multitud.

- Queridos aldeanos, gracias por estar hoy aquí. Os he convocado porque quiero presentaros una idea. Como sabéis, he estado cuidando de nuestro rebaño. Pero soy joven y a veces me aburro. Y fue este aburrimiento lo que me llevó a mentiros, no porque quisiera haceros daño,

sino porque quería divertirme. Sé que no estuvo bien y que os asusté, por eso me reñisteis y me pusisteis el nombre de "Pedro el mentiroso". Pero no sólo quiero que me conozcan como "el mentiroso". Quiero que me conozcan como "el alegre", "el fiable", "el soñador". Quiero que mi historia vaya más allá de ese desafortunado suceso. Mi madre me preguntó el otro día quién podría hacer el trabajo de cuidar el rebaño mejor que yo y mi respuesta fue: ¿y si lo hiciéramos todos?

- ¿Todos nosotros? - preguntó alguien del público -
¿Pero cómo podríamos hacerlo todos?

- Ahí es donde entra mi brillante idea. Básicamente, sería un sistema de vigilancia colectiva. En lugar de hacer todo el trabajo yo solo, trabajaríamos por turnos.

- ¿Y quién dice que queremos ese trabajo Pedro?

La multitud estuvo de acuerdo. Nadie quería hacer ese trabajo, y Pedro lo hacía tan bien que no necesitaban más gente.

- Proteger nuestro pueblo es importante, lo sé. Es muy importante para mí. Pero hay otras cosas que son importantes para mí, como perseguir mis sueños. Si nos turnáramos, tendría tiempo para hacer otras cosas.

- ¿Qué cosas? - le preguntaron.

- Por ejemplo, podría organizar paseos seguros por el bosque, donde se enseñara a la gente a preservar la naturaleza y el ecosistema. O diseñar un sistema que nos protegiera a nosotros, pero también a los lobos. No debemos olvidar que también son seres vivos, no merecen que los matemos sólo porque se acerquen a nuestras ovejas. Se acercan al rebaño porque quieren comer. ¿Qué podemos inventar los humanos para que puedan sobrevivir tanto como nosotros?

La multitud se sintió conmovida por las palabras de Pedro. Nunca habían pensado en los lobos como seres vivos, sólo como depredadores. A partir de ese día comenzó el sistema de vigilancia colectiva, en el que toda la comunidad trabajaba unida, manteniendo siempre el equilibrio entre la naturaleza y sus vidas humanas. Cuando querían ahuyentar a los lobos, en lugar de matarlos utilizaban otros métodos, como hacer ruidos fuertes o hacían luces. Pero durante la noche, mientras dormían, les dejaban explorar el poblado, dejándoles restos de comida en lugares específicos para que pudieran alimentarse sin comerse a todo el rebaño. Se dieron cuenta de que podían trabajar de otra manera, juntos, de forma más sostenible.

- Pedro, ¡el comunitario! Pedro, ¡el sostenible! Pedro, ¡el amigo de los animales y la naturaleza! - decían.

Y nunca más volvieron a conocer a Pedro como "el Mentiroso".



“Sopa de piedra”

Hace mucho tiempo, hubo una gran hambruna. La gente acapara con avidez toda la comida que encuentra e incluso la esconde de sus amigos y vecinos. Un día, un vendedor ambulante llegó a un pueblo con su carro, vendió algunas de sus mercancías y empezó a hacer preguntas a los aldeanos, dando la impresión de que tenía intención de pasar la noche.

-No hay ni un bocado de comida en toda la zona-le dijeron- Será mejor que se vayan”.

-Oh, tengo todo lo que necesito-dijo el anciano. -De hecho, estaba pensando en hacer una sopa de piedra e invitarlos a todos a compartir.

Dicho esto, sacó una olla de hierro de su carro, la llenó de agua y encendió un fuego debajo. Luego, ceremoniosamente sacó una piedra sencilla de su bolsa de terciopelo y la colocó en el agua.

Para entonces, la mayoría de los aldeanos se habían reunido en la plaza o estaban mirando por las ventanas, ya que habían oído que se estaba hablando de comida. Cuando el vendedor ambulante olió la “sopa” y se lamió los labios con entusiasmo, el hambre de los aldeanos comenzó a superar su desconfianza.

-¡Ah!- dijo el anciano en voz bastante alta, - me encanta una sabrosa sopa de piedra. Por supuesto, la sopa de piedra sabe mejor cuando todos contribuyen con algo y comemos todos juntos.

Poco después, un aldeano se acercó apresuradamente, sosteniendo un repollo que había estado escondiendo, y lo agregó a la olla.

-Maravilloso- gritó el anciano.- La sopa necesita cocinarse durante una hora más, y luego todos están invitados a comer juntos.

Cuando la gente del pueblo escuchó esto, se entusiasmó con la idea de sentarse juntos y compartir una comida.

Una mujer mayor trajo algunas zanahorias al anciano y dijo:

- Mira, encontré esto. ¿Crees que harían que la sopa de piedra sea aún más sabrosa?

El anciano felizmente las agregó a la sopa.

El carnicero del pueblo, al ver esto, no quería quedarse afuera, así que trajo un trozo de carne para la sopa. Y así continuó con papas, cebollas, hongos y muchos otros ingredientes hasta que realmente tuvieron una comida deliciosa para todos.

Los aldeanos le ofrecieron al vendedor ambulante mucho dinero por su piedra mágica, pero él se negó y continuó su camino al día siguiente.

A partir de entonces, cada vez que había una gran necesidad en el pueblo, se convirtió en una tradición que todos se reunieran y cocinaran una sopa. Con cada comida compartida, las dificultades siempre parecían un poco menores.





“Un amigo”

Érase una vez dos hermanos. Garifalia y Dimitris. Estos dos hermanos parecían gemelos. Por desgracia, no tenían ningún amigo porque todo el mundo pensaba que estaban locos por su imaginación. Tenían 8 años y no conozco a ningún otro niño que no fuera tan, tan aventurero. Estaban fascinados por el espacio y un día decidieron hacer un atrevido viaje. Cogieron el cohete de su tío, que era astronauta, y empezaron por dejar una carta a sus padres. La carta decía:

Queridos padres,

No se preocupen en absoluto en caso de que no puedan encontrarnos. Ahora no podemos deciros dónde hemos estado, pero en cuanto volvamos os lo contaremos todo con detalle. Hasta dentro de unos meses.

Con cariño, vuestros hijos,

Garifalia y Dimitris

En cuanto sus padres leyeron esta carta, se sintieron muy tristes y angustiados. Pero sabían que sus hijos sobrevivirían gracias a su imaginación y a su amor por la aventura. Cómo iban a imaginar que sus propios hijos se alejaban de aquella tierra tan vasta (para ellos). Al cabo de un rato, los niños casi llegaron al espacio. Estaban tan contentos que su tío les enseñó cómo funcionaba.

De hecho, estaban orgullosos de que confiara en ellos y les dejara ocuparse de una nave espacial. Cuando aterrizaron, se sorprendieron al ver una enorme piedra con un agujero bastante grande. Avanzaron y se quedaron boquiabiertos ante lo que vieron. Unas criaturitas moradas, diminutas y llenas de simpatía asomaron sus cabecitas llenas de curiosidad y un poco de miedo. Garifalia y Dimitris se acercaron aún más. Entonces, para su sorpresa, ¡las extrañas criaturas moradas hablaron! Y no sólo eso, ¡también hablaban griego! La lengua de los dos niños. Entonces les dijeron:

- ¡Sois muy buenos niños, lo notamos!

- Muchas gracias. Ellos respondieron.

Entonces, en lo profundo de la espesura, ven a otro extraterrestre verde esta vez, solo. Van discretamente y se acercan a él.

- ¡Pequeño y gracioso extraterrestre! ¿Qué haces aquí solo? ¡Juguemos juntos fuera!

- Los otros alienígenas no quieren que juegue y hable con ellos. Mejor me quedo aquí.

- ¿Pero por qué no te querrían? Eres muy bueno.

- Estoy verde...

- ¿Y qué?

- Soy diferente...

- No hay diferencias en el espacio. ¡Deberías unirte a nosotros!

- Otros alienígenas no lo ven así.

- No, eso no es verdad. ¿Quieres ser nuestro amigo?

- ¿Lo dices en serio?

- Por supuesto, nosotros tampoco tenemos amigos.

- ¡Perfecto! ¿Cómo os llamáis?

- Garifalia y Dimitris. ¿Y vosotros?

- No tengo nombre...

“Un cuento de hadas sobre un rey alegre”

Érase una vez un rey alegre. Vivía con su reina y su hija en un magnífico castillo. En el centro del jardín del castillo había una fuente donde se sentaban unos graciosos enanos de piedra.

“La fuente es la mejor manera de preservar la cultura de nuestro castillo”- explicaba el mayordomo a todo el que pasaba por allí.- “Cuando el agua salpica las esculturas de piedra, ¡parece que alguien se ríe en cada rincón del jardín! Por eso la llamamos la 'Fuente de la Felicidad'”

El alegre rey y su familia vivían felices hasta que un día tres malvados gigantes salieron del bosque e irrumpieron en el jardín del castillo.

A estos gigantes se les veía de lejos porque no habían reído en su vida. Sus rostros eran tan sombríos que todos salieron corriendo del castillo, incluidos el rey y su familia. Corrieron tan rápido como pudieron hacia el otro lado del valle.

Allí encontraron cobijo en casa de un granjero que tenía su granja en lo alto de la ladera, donde el rey se sentó en el muro del patio y ya no estaba nada alegre. Durante días miró hacia el castillo, donde ahora vivían los gigantes. Lo habían destruido todo, incluso la fuente, así que el rey envió a sus mensajeros al campo.

“¡Quien derrote al más fuerte de los terribles gigantes tendrá a mi hija como esposa!”- anunció. Entonces, su mejor caballero galopó por el valle hasta el castillo, gritando ferozmente, blandió su espada y quiso atacar a los gigantes. Pero el gigante más fuerte se limitó a estirar su enorme brazo por la ventana, arrancó al caballero de la silla de montar como si fuera una avellana y lo arrojó en un amplio arco al arroyo. Allí, el caballero luchó por levantarse y volvió cojeando a la granja. “Por desgracia, no se puede luchar contra estos gigantes con una espada”- dijo.

“¡Si no es con la espada, que sea con la ciencia!”- dijo la princesa, y mandó llamar al profesor Immerschlau y a su ayudante Cupidi. El profesor se acarició la larga barba blanca y puso cara seria e importante. Poco después, los dos se encontraban frente al castillo. Ambos habían sacado sus libros y, justo cuando estaban colocando el proyector, les sacudió un terremoto. ¡El Covidiano simplemente golpeó el suelo con la mano y los dos salieron despedidos como dos gatitos! «¡Si no es con la espada y no es con la ciencia, que sea con la magia!», dijo la reina Amalia, y mandó llamar al mejor mago de todo el país. El mago Magnus se presentó ante el rey con su aprendiz Omnibus.

“Nada es tan eficaz como la magia del mejor mago del mundo”- dijo Magnus- “Ninguna criatura viviente puede hacer frente a nuestros poderes sobrenaturales”- confirmó su aprendiz. Cuando llegaron al castillo, el mago dijo: “Vamos, Omnibus, dibuja un círculo mágico redondo en el suelo”. “¡Sí, maestro!”- contestó apresuradamente el aprendiz

El mago se paró dentro y empezó a recitar sus hechizos: "Lorem ipsum dolor sit amet - sed diam nonummy..." Pero el gigante más grande se asomó a la ventana del castillo, respiró hondo y lanzó al mago por los aires como una pluma hasta que quedó atrapado en la copa de un árbol. Cuando bajó del árbol y regresó junto al rey, aún tenía un rostro serio e importante, pero tuvo que admitir: "Desgraciadamente, no se puede luchar contra estos gigantes con magia". El rey se entristeció aún más. «No tengo ninguna esperanza de recuperar nunca mi castillo y la Fuente de la Felicidad», se quejó. Así que un día volvió a sentarse a llorar en el muro del patio y miró hacia el castillo. Los gigantes le arrojaban a la cabeza chucherías de oro que habían roto de las delicadas agujas, cuando la joven pastora Esperanza pasó paseando y le preguntó "¿Qué triste estás! ¿Qué te pasa?". "Mira allí"- dijo el rey. "Entonces lo entenderás. Los gigantes se han llevado mi hermoso castillo y han bloqueado la Fuente de la Felicidad. Y nadie puede ahuyentarlos".

"¿De verdad que nadie?"- preguntó la pastora. "Vamos, enseñémosles dónde consigue Barthel el mosto". Se rió tan fuerte que los gigantes del otro lado del valle se detuvieron y miraron hacia allí.

“¿Cómo puedes reírte cuando yo tengo que estar tan triste?”- preguntó amargamente el rey. “Lo que no pudieron hacer mi mejor caballero, el profesor más inteligente del país y el mago más poderoso, ¡tú tampoco podrás hacerlo!”. “Sólo el tiempo lo dirá”, dijo la pastora. “¡Pero tendría que pedirte a ti y a tu gente que hicierais todo lo que yo dijera!”. “Me parece bien”- dijo el rey con pocas esperanzas. “Entonces, ¿qué debemos hacer?” “¡Sed felices!”- dijo la pastora- “¡Tan alegres como sea posible! Reíd, cantad y bailad para que lo oiga todo el valle”. “Nos estás pidiendo mucho”- dijo el rey.

Pero como no quería dejar piedra sobre piedra, ordenó a su familia y a todos los del castillo e incluso a los campesinos: “¡Rían, canten y bailen!”. Y se puso a la cabeza, riendo más alto, cantando más alegre y bailando más desenfrenadamente. Al cabo de un rato, le dijo a su mujer: “Qué gracioso. Yo sólo fingía estar alegre, pero este 'hacer como si' ahuyenta la tristeza de mi corazón, ¡y ahora hasta disfruto riendo y cantando tan alegremente!”.

Después de todo un día de fiesta, bailes y risas, la pastora Esperanza le dijo al rey: “¡Mira hacia el castillo ahora!” El rey dejó de bailar un momento y miró hacia allí. Los gigantes seguían pisoteando el jardín del castillo, pero ahora le parecían mucho más pequeños. Todos tuvieron que reírse aún más, y con cada carcajada los gigantes se encogían más y se acurrucaban asustados. “¡Parad, parad, que la risa duele mucho”-gritaron los gigantes. Entonces el rey y los suyos treparon por el muro y todos se rieron cada vez más fuerte de los graciosos hombrecillos del jardín.

“Sólo hay un puñado de enanos gruñones intentando esconderse bajo los arbustos”- rió la princesa. “¡Basta!”- gritó el rey entre ataques de risa- “Ve al castillo y coge una escoba y una pala”-le dijo entonces a su hija- “¡y barre a esta gentuza!”.

Ella corrió al castillo y, cuando volvió, los enanos eran ya tan diminutos que apenas se distinguían de las mariquitas sobre los pétalos de rosa. Tenía un aspecto tan gracioso que todos tuvieron que contenerse la risa. Cuando por fin la princesa terminó de barrer, exclamó: “¡Uy, eso es sólo un poco de polvo que se ha llevado el viento!”.

Y entonces todos ayudaron a restaurar el castillo, el jardín y la fuente. En cuanto la hermosa fuente volvió a balbucear, el rey anunció solemnemente: “Pastora Esperanza, ¡he prometido dar a mi hija en matrimonio a quien nos salve de estos gigantes!”. “Gracias, querido rey”- respondió la pastora. “Según el artículo 14, apartado 2, de la Constitución, la convivencia legalmente regulada está abierta a todas las parejas, independientemente de su sexo u orientación sexual. Estoy deseando ver a su encantadora hija”.

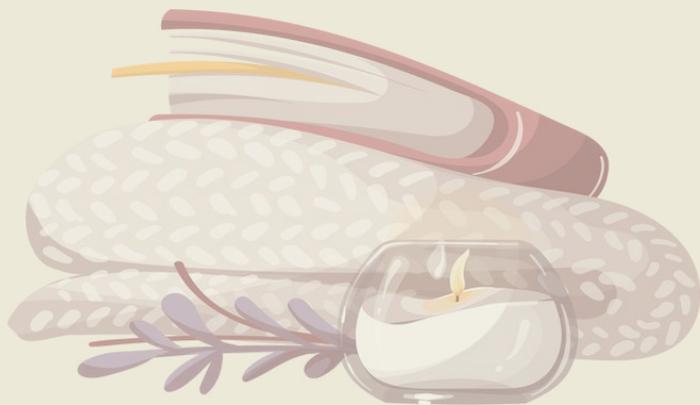
Y así siguieron viviendo felices y contentos en el castillo. Sin embargo, si más tarde alguien ponía una cara demasiado seria, el rey le decía: “¡Alegraos y reíd un poco! Puede ser que un gigante malvado se esconda bajo tu uña y esté empezando a crecer de nuevo!”

“Un manto de palabras”

La tía solía llamarlo molinillo. Después, llegó la guerra y la tía dejó de llamarlo así. Se habían ido a un nuevo país para ponerse a salvo, pero allí todo era extraño: la gente, la comida, los animales y las plantas. Nadie hablaba con la niña. Cuando estaba lejos de casa nadie le hablaba y se sentía como bajo una cascada de sonidos extraños. Cuando estaba en casa, la envolvía un manto de palabras y sonidos que conocía. La llamaba su vieja manta, que era cálida, suave y la abrigaba. Allí se sentía segura.

La niña se armó de valor para salir de debajo de la manta y buscó de nuevo a su amiga. Pensó en hacer señas para intentar comunicarse, con la esperanza de hacerse entender. Cuando se vieron, la niña señaló un tiovivo que había en el parque. Su amiga lo entendió y empezaron a jugar juntas. Mientras tanto, la tía se acercó a los padres de su amiga, pensando que era una buena idea empezar a conocer gente nueva. Tampoco conocía el idioma de aquel país, pero sabía que, de alguna manera, lo que estaba haciendo podría ayudarles a ella y a su sobrina.

Jugando, la niña empezó a aprender algunas palabras, pero ir a la escuela la ayudó aún más. La otra niña también aprendió algunas palabras de su idioma. Sin embargo, cuando empezó la escuela, la niña se sintió observada por los otros niños. Se sentía aún más sola. Había quienes se acercaban a ella sin prejuicios, querían entablar conversación con ella. Mientras que otros se burlaban de ella por su forma de vestir y porque su nombre sonaba raro. Los profesores la animaron y decidieron inventar juegos para jugar en clase, mostrando un mapa: todos somos del mismo mundo, todos somos diferentes. Ayudemos a los que vienen de otro país: un día el extranjero podríamos ser nosotros.





Co-funded by
the European Union



Free Licence

The product developed here as part of the Erasmus+ project "Stories for empowerment 2023-1-IT02-KA220-ADULT-000159380" was developed with the support of the European Commission and reflects exclusively the opinion of the author. The European Commission is not responsible for the content of the documents

The publication obtains the Creative Commons Licence CC BY- NC SA.



This license allows you to distribute, remix, improve and build on the work, but only non-commercially. When using the work as well as extracts from this must

1. Be mentioned the source and a link to the license must be given and possible changes have to be mentioned. The copyrights remain with the authors of the documents.
2. The work may not be used for commercial purposes.
3. If you recompose, convert or build upon the work, your contributions must be published under the same license as the original.